

SPINON
BISAGNE

AMORES
del RIO

LUARDO
GORETZ

AL
JOHNSON

KAY
FRANCIS

DICK
POWELL



WONDROUS

(Al los acordes de un Tango Argentino)



WONDER BAR

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Paseo de la Paz, 10 bis - Tel. 18841 - BARCELONA

WONDER BAR

Sorprendente película musical, de dramático y apasionante asunto. Escenarios que se desdoblan y amplían hasta el infinito, en una orgía de luz, de música y de movimiento. Una noche fantástica en un cabaret cosmopolita, entre la gente del gran mundo internacional.

Dirección de
Lloyd Bacon

Es un film de la prestigiosa firma
WARNER BROS-FIRST NATIONAL

Distribuido por
WARNER BROS-FIRST NATIONAL FILMS, S. A. E.

Paseo de Gracia, 77
BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PRINCIPALES INTÉRPRETES:

Al Jonson
Dolores Del Rio
Kay Francis
Ricardo Cortez
Dick Powell
Hal Le Roy
Guy Kibbee
Ruth Donnelly
Hugh Herbert
Louise Fazenda
Fifi D'Orsay

Wonder Bar

Argumento de la película

WONDER BAR era el punto de reunión del mundo elegante de París a partir de la hora en que los buenos burgueses de la capital del lujo y del placer se retiran a descansar para de nuevo al día siguiente emprender la lucha cuyo fruto se traduce para ellos en una existencia de relativas comodidades y que les permite de tarde en tarde "echar una cana al aire".

Los más asiduos concurrentes del famoso cabaret en gran mayoría pertenecían a la población flotante de la gran ciudad: turistas americanos de la clase media de su país que en un par de meses derro-

chaban un capital, entre ellos alguno que otro millonario auténtico; miembros de la nobleza rusa que veían melancólicamente la fuga de sus últimos rublos y que acudían allí para, siquiera momentáneamente, olvidar entre bellas jóvenes y copas de champagne la cruel realidad de su vida presente y evocar los días de esplendor de la Corte de los Zares. No faltaban jóvenes de ricas familias sudamericanas que en una noche dilapidaban lo que desde lejanas tierras se les remitía para labrarse un porvenir en las aulas universitarias, y allí en "Wonder Bar", pasaban

alegremente las noches, pagando por un beso o un ramillete una pequeña fortuna.

Como marco precioso de aquel edén, de aquel paraíso de la juventud y de placeres exquisitos, frecuentaban el lugar bellísimas mujeres ataviadas con las más exquisitas galas, de modales propios de una duquesa, y que acudían allí como si quisieran con sus sonrisas, con el destello de sus joyas, con el mirar de sus ojos sabios en expresar emociones a su antojo, aumentar en el recién llegado la impresión de que se encontraba en el más refinado lugar del París mundano.

En efecto, Al Wonder, el propietario, no había regateado nada para hacer de su "bar" el "rendez-vous" del mundo "chic". La fama de sus "cock-tails" llegó hasta Nueva York, Los Angeles y San Fran-

cisco, después de haber circulado por toda Europa, y quien de allá llegaba no esperaba al día siguiente para hacerse presentar al ilustre paisano cuyos néctares y fiestas hicieron famoso.

Lujosísimo el salón-comedor en el que a las tres de la madrugada se servían cenas que importaban millares de francos y en cuya pista se inauguraban los más suntuosos espectáculos, las más bellas revistas musicales, las más lujosas novedades de la escena moderna. Brillantes los números musicales ejecutados por maestros de Europa y de América, bellísimas las "girls" que, cubiertos sus venustos cuerpos por finísimos cordales, ejecutaban verdaderas maravillas bajo la cambiante luz de los reflectores, y su imagen, al quebrarse en la superficie azogada de los grandes espejos, se multiplicaba infinitamente.

* * *

Al Wonder, joven aun al estallar la Guerra Mundial, había venido a Europa con los jóvenes que voluntariamente se habían alistado al ejército del Uncle Sam, y terminada la contienda, en la que apenas si tomó parte, hallándose bien en París decidió sentar allí sus reales y un día ocurriósele instalar lo que era en realidad ahora un cabaret en el que, sin menoscabo de la nota original francesa, no faltara la riqueza y el espíritu rumboso que caracteriza los cabarets nocturnos de Broadway. Y como la naturaleza le había dotado de un carácter afable y de un don de gentes poco común, aparte sus dotes de cantante, que cuando eran requeridas por alguno de los comensales no tenía inconveniente en exhibir, se había hecho el hombre popular, con esa popularidad de que en París gozan de cuando en cuando el modisto, el novelista, el perfumista o el ac-

tor. "Wonder Bar" era el lugar de cita del París que se divierte. Al Wonder era el hombre de moda de París...

Por el ruidoso éxito de sus bailes, Al Wonder conservaba desde hacia ya algún tiempo a la pareja que formaban Inez, una bella y famosa bailarina española y Harry, un apuesto mozo que a su arte de bailarín unía el de trastornar corazones femeninos. Se decía, sin que él tratara de desmentirlo, que más de una linajuda dama había por su sonrisa abandonado esposo e hijos y dejado malparados los bienes familiares y luego buscado en la muerte el olvido a los dolores del "gigolo".

Pese a tantas murmuraciones, que, si bien dejaban bien sentada su fama de "Don Juan", no eran precisamente un canto a su hombría de bien, loca por él estaba su pareja, la linda Inez, que por él

hubiera gustosa dado la vida. Su cariño por aquel hombre, que en ella despertaba anhelos hasta entonces desconocidos, era capaz de todos los sacrificios, de todas las sublimidades y también de todas las humillaciones.

Pero el cariño sincero de la española, sus celos, sus mimos, habían ya hastiado al eterno conquistador. No eran ahora los ojos negros de Inez los que buscaba Harry, eran los verdi-azules de la elegante Liane cuyas joyas valían una fortuna. Rara era la noche en que la joven y bella esposa del anciano banquero Renaud no asistiese a las fiestas del lujoso cabaret por el placer de tener siquiera unos instantes, sentado a su mesa, al elegante gigolo de miradas de fuego que le abrasaban el alma y los sentidos, de dejarse acariciar las manos por las suyas tan sabias y dejarse mecer en el vaivén de las ilusiones, de sus ilusiones de mujer joven aun a quien el destino había lanzado casi niña en los brazos de un hombre de muchos más años que ella, que no sabía comprenderla y que creía satisfacerla con llenarle las manos de joyas y pagar sus facturas. Liane, como Inez, hubiera dado la vida por su Harry, por aquel hombre cuyo solo aliento la trastornaba, y a una palabra,

a la menor insinuación, hubiera despojado al viejo de sus riquezas para ponerlas a su antojo.

El viejo banquero jamás puso en duda la fidelidad de su mujercita, de su muñeca, cuyos caprichos se complacía en satisfacer con tal de que ella al antojársele cualquier novedad se le sentara en las piernas y acariciándole la cara le arrancara su consentimiento. Más de un amigo le habló de la excesiva libertad que concedía a su bella esposa. De nada le servía al buen banquero y confiado marido aconsejar a su mujercita que no diera motivo a las gentes a que de sus asuntos se ocuparan puesto que ello podría perjudicarlo, pero he aquí que un día desapareció del joyero un precioso y valiosísimo collar con el cual había querido halagarla, y entonces, por primera vez, preocupóse Mr. Renaud de algo más que de las cotizaciones de la Bolsa. Y dió parte de la desaparición a una agencia de detectives.

Unos días después en su propio despacho se hacían comentarios de la poca reserva con que los periódicos de la mañana trataban del supuesto robo del collar y nuestro banquero se contentó con decir:

—¡De puro ridículo, resulta chistoso!

—¡Hombre, amigo mío, cuando

una mujer casada toma clases de baile con "gigolos"... y pierde joyas de valor, no resulta siempre chistoso! — le contestó uno de los de la tertulia.

—Oye — añadió Mr. Renaud volviéndose a uno de sus ordenanzas—. Mi señora da sus clases por la mañana, ¿eh?

—Sí, señor.

—Pues no le quepa duda entonces, querido Renaud, de que está ahora con su Romeo.

El banquero, sin que en su rostro se percibiera la menor turbación que en otro pudiera originar el tono con que su amigo hablaba de su esposa, alcanzó el receptor del teléfono que se hallaba sobre la mesa y ordenó a la telefonista que le comunicara con su domicilio particular. Unos segundos después él y su mujer sostenían, por aquel medio, el siguiente diálogo, mientras burlonamente guiñaba un ojo a sus amigos:

—¿Qué hay, querida? ¿Adónde iremos esta noche?

—¿No te parece que podríamos ir al Wonder Bar?

—¿Al Wonder Bar? Hija, siem-
to decirte que tardaré algo... Y oye:
¿no sabes que los detectives del se-
guro estuvieron aquí investigando...
sobre el collar que perdiste?

—Si quieres, te esperaré...

—No; te echaría a perder la no-
che. Ve al Wonder Bar. Me reuni-
ré contigo más tarde. A propósito,
¿qué "gigolo" me está robando tu
cariño, nena?

—¡Ojalá conociera a alguno!
¡Estoy tan aburrida! — fué la res-
puesta.

—Ya tú sabes cuanto piensa en
ti tu maridito...

—Hasta luego, querido.

La esposa legítima del banquero
terminó con aquellas palabras el pa-
ra ella odioso diálogo, colgó el au-
ricular y tomándolo de nuevo, pero
con otra muy distinta expresión en
el rostro, pidió un número:

—Habla la señora Renaud. ¿Es-
tá ahí Harry?... No, no; quiero de-
jar recado. Digale que hoy no daré
lección de baile—. Y haciendo un
molín de disgusto, colgó de nuevo
el auricular del teléfono y levantóse
de su mueble escritorio.

Entretanto, otra visita había recibido el banquero, la del ex capitán Von Ferring, que venía a retirar el residuo de su capital que en pocos meses había despilfarrado. El banquero le extendió unos cuantos billetes mientras le decía:

—Treinta mil francos, Capitán. Esto liquida su cuenta, pero un hombre como usted pronto rehará su fortuna.

—Se equivoca. Esta será la última vez que me armino. Estoy ya cansado de luchar. He aquí todo el dinero que poseo en el mundo y no lo quiero sino para gastarlo todo esta misma noche. Será mi última calaverada. Pero no quiero aburrirle, amigo mío. Lea usted la prensa de mañana. Y diciendo así se volvió hacia la puerta del despacho, pero el banquero le atajó:

—Espere, hombre. ¿Adónde va?

—Esta noche al "Wonder Bar". Y mañana... ¿qué mas da!

Y lanzando una carcajada abrió la puerta y desapareció dejando pensativo al banquero.

Antes de ser contratada para formar con Harry pareja de baile, había Inez sostenido relaciones con Tommy, el inteligente y joven director de la orquesta del "Wonder Bar", que unía sus triunfos a los del famoso establecimiento. De aquellas relaciones, que vino a romper el advenimiento de Harry, guardaba Inez un grato recuerdo, y complacíase en mantener con el músico una tierna amistad; pero en el corazón de Tommy no se extinguía la llama sagrada que en él habían prendido los ojos de la española. Mas aquella derrota, que a otro hombre de temperamento distinto hubiera herido hasta la ceguera, había sido sufrida por el joven Tommy con humana comprensión y esperaba que algún día Inez supiera leer en su alma y supiera también distinguir entre su

cariño sincero y el que pudiera ofrecerle, aquel aventurero. Y en la espera, consolábase soñando en ella y en la felicidad de vivir junto a la mujer amada y en componer las más lindas e ingenuas canciones que su pasión le inspiraba.

Aquella tarde, como de costumbre, después de bañarse, se había atildado, y, en espera del momento en que había de acudir al ensayo de los números de danza que ejecutaban las girls del cabaret, entreteníase en acompañarse al piano una de aquellas composiciones que nacieran en su fantasía de enamorado. Héla aquí, en toda su naturalidad:

Ven a alguien, como tú,
preparando el desayuno para dos.
Un sueño que nunca se realiza,
¿Por qué sueño yo estas cosas?

En este sueño se hallaba el joven maestro cuando llegó a sus oídos la voz del conserje que le volvía a la realidad:

—Tommy, telefonearon del "Wonder Bar". Mira que ya es tarde y tienes ensayo...

Tommy dió un suspiro, cerró el piano y, reponiéndose inmediatamente, contestó con buen humor:

—Está bien, Pierre, gracias.

Púsose el abrigo, se contempló unos instantes ante el espejo, se sonrió complacido y salió.

A aquella misma hora, Al Wonder, el propietario del bar famoso, soñaba también en la propia Inez y en su entusiasmo jurábase que no dejaría pasar la noche sin antes declararérsele y pedirle su mano en matrimonio. Y es que, en efecto, a pesar de su impasibilidad sajona, a pesar de que nadie hubiera leído en su rostro lo que en el corazón pasaba, aquel hombre, que sabía hacer las delicias de sus huéspedes con sus geniales creaciones y maravillosos espectáculos, tenía también un alma sensible y se hallaba enamorado de la linda española, y más de una vez hubiera dado por terminado el contrato de la pareja con tal de desprenderse de su rival, el aventurero Harry.



Pero no nos precipitemos en nuestra narración, y sí, detengámonos ante dos buenos burgueses americanos, fabricantes de cierto artículo de ferretería, que, tras una temporada fructuosa en sus negocios, habían querido conocer la capital francesa en compañía, eso sí, de sus amantísimas y nunca bastante lejanas esposas.

Nada más natural que llegados a la gran ciudad quisieran probar la libertad absoluta que en cuestión de bebidas allí se goza y que al día siguiente al de su llegada los dos socios amanecieran en el estado que precede a las grandes borracheras. Tanto ingirieron que hasta la memoria había salido malparada y no se acordaron ni de que se hallaban en París. Prueba de ello es que se les ocurrió llamar por teléfono a una de sus amigas residente en Nueva York creyendo hallarse aún en la ciudad de los rascacielos.

La tal amiga llamábase Elsie y el teléfono "Cortland 5333."

La empleada de la central telefónica, nacida en un barrio de París, y que si bien no había nunca asistido a academia de inglés alguna, era lista, no tardó en darse cuenta de que lo que los yanquis buscaban era lugar de diversión y les hizo mención del famoso "Wonder Bar". Dando los Sres. Pratt y Simpson traspies se pusieron de acuerdo con sus inseparables medias naranjas para pasar el rato aquella noche en el lugar que les indicó la telefonista.

El taxi que alquilaron para ser conducidos al famoso lugar se detenia ante la suntuosa entrada, cuando nuestro amigo Tommy, con paso listo, se dirigía al guardarropa por entre el elegante gentío que ya iba llenando los elegantes vestíbulos.

Distinguió en su impecable frac al encargado del servicio, Richard,

paisano suyo, que sabía de sus sentimientos respecto a Inez y que no dejaba de alentarle en sus esperanzas de que algún día la muchacha dejaría a Harry. Se saludaron cordialmente, como de costumbre, y a las palabras de rigor, añadió Richard:

—No sé por qué, me parece que esta noche va a ocurrir aquí algo...

—¿Qué te lo hace creer, Richard?

—Esta mañana vinieron unos detectives preguntando por Harry. Lo siento por Inez.

—Pero ¿por qué esa chica no querrá comprender que la amistad de ese hombre la perjudica?

—¿Qué inocente eres, Tommy! ¿Pues no ves que está locamente enamorada de él? Yo creo que lo mejor que podrías hacer es dejar de preocuparte por ella. Es un caso perdido. Y no es que quiera herir tus sentimientos, Tommy. Ya tú sabes lo que te apreció y cuánto celebraría que la chica te hiciese caso. Pero... bueno, te dejo, que tengo trabajo.

Los dos amigos se separaron, Richard para dar órdenes a la multitud de camareros y camareras y elegantes ordenanzas que bajo su tutela iban en busca de sus respectivos puestos, Tommy para dirigir el ensayo.

En este momento las dos parejas que componían los Sres. Pratt y Simpson cruzaban el vestíbulo con aire petulante y la señora del primero dijo admirando el lujo del establecimiento:

—No está mal, pero en nuestro Broadway hay lugares que le superan.

—¡Pero no parisienses!... No hagas el ridículo y acuérdate de que eres mi esposo. Ha llegado el momento de que me ayudes a desprenderme del abrigo.

El aludido, dándose importancia, hizo un gesto a un empleado y, con tono igual al que empleaba en su fábrica al dar una orden, le dijo:

—¡Séquele el abrigo a mi mujer!

Richard, atentísimo, se aproximó a los dos socios, creyendo que iban solos:

—Buenas noches...

—Buenas noches...

—Permítanme ustedes que les presente a estas dos simpáticas señoritas... La señorita Mitzi y la señorita Claire, quienes les harán los honores del Wonder Bar.

Simpson fué el primero en inclinarse:

—¿Cómo está usted?

—¿Cómo está usted?

—Yo soy el Sr. Simpson, oriundo de Schenectady, Estados Unidos.

Fabricante de tornillos. Aquí le presento a mi socio el Sr. Pratt.

—Tanto gusto...

—Tanto gusto...

—No sabe usted las ganas que tenía yo de conocer a un Pratt.

—¡Ah! ¿sí? Pues si algún día va usted a mi país conocerá allí a muchos Pratt — fué la contestación del fabricante echándose a reír infantilmente ante las picarescas miradas que le dirigía la linda muchacha que con su compañera, preciosa también, hacía las delicias de los asiduos concurrentes del lugar con su locuacidad picante y sabrosa.

—¿Conque tornillos y tuercas, eh? ¿Y son ustedes socios?

—Eso es...

—Usted se ocupa de los tornillos... y usted de...

—Yo de las tuercas — contestó el otro, riendo.

Las dos preciosidades, al ver la cara que a sus lindezas ponían las dos esposas, que se reunían al grupo ahora, hicieron un mohín desdenoso y se retiraron no sin antes hacer un guiño a los dos fabricantes de tuercas y tornillos, quienes, deseosos de separarse de sus caras mitades a la primera oportunidad, no querían perder de vista a las dos jovencitas prometedoras. Pero las dos

expertas se alejaron riéndose de los dos vejedores y de sus mujeres:

—¡Buen par de palurdos esos socios!

—¡Oye, tú, cuidado con separarte de mí en toda la noche! ¿Te ha gustado la chica esa, eh? ¡Pervertido! — le decía a Simpson su mujer mientras con bastante disimulo le pellizcaba el brazo.

Los cuatro hicieron su entrada en el bar con objeto de tomar unos aperitivos. Allí acodados al mostrador o sentados en los exiguos banquetillos en elegantes posturas, se encontraban hombres y mujeres, fumando, charlando, humedeciendo sus labios de cuando en cuando en el borde de las copas de champagne o de alguna bebida exótica. En un rincón, uno de los dependientes le decía a Richard:

—Tommy quiere verle a usted.

—Gracias.

Mientras iban colocando el servicio en sus bandejas, dos camareros hacían el siguiente comentario:

—Hoy va a haber algún disgusto.

—Sí, ya sé, el gigolo no ha venido aún.

—Oye, Richard, ¿ya sabes que Inez tampoco ha venido aún? — le decía unos instantes después con aire preocupado el director de la orquesta al encargado.

—No te pongas así, hombre. Si cuando llegue Al no han venido, con posponer su número todo se habrá arreglado.

—Ya sé, Richard, pero es que ella no acostumbra hacer eso: siempre fué puntual. A ver si ese pájaro de Harry...

—¡Tú estás loco, Tommy!

Mientras tanto, el local era invadido por una multitud elegante que acudía al "Wonder Bar" a pasar la noche después de la salida de los teatros.

Por entre el gentío, saludando a sus conocidos, pasó en dirección al guardarropa el capitán Von Ferriug. Llegado al mostrador dejó sobre él su abrigo de ricas pieles y sobre él los guantes y el sombrero; sonrió galantemente a la linda joven encargada de aquel departamento y encaminóse al bar. Desde allí, sentadas en los taburetes de tal manera que podía admirarse la pureza de las líneas de sus piernas, Mitzi y Claire no perdían de vista a los dos fabricantes de tornillos y tuercas que de buena gana se hubieran acercado a ellas y abandonado a sus idolatradas esposas que por su parte no eran ajenas al diálogo mudo que aquéllas sostenían con sus maridos.

—Oye, Simpson — le decía a és-

te su mujer—. A mí no me engañas tú. Esas chicas te están seduciendo...

—Cuidadito con esa lengüecita, amor mío. Recuerda lo que el médico te dijo algo acerca del mal genio.

—¿Por qué no te diriges a ellas en francés, que así yo no os comprendería? — le preguntaba con ira mal disimulada la señora Pratt a su esposo.

—Yo no sé francés, querida. El poco que aprendí lo estudié hace la friolera de cincuenta y cinco años y desde entonces no he tenido ocasión de practicarlo.

—¡Las cosas que habrás practicado tú desde ese entonces!

En aquel instante descendía de su coche la señora Renaud, admirable por su exquisita belleza y por la elegancia de su "toilette". El portero se inclinó profundamente y la murmuró respetuoso:

—Señora Renaud...

Los labios de la dama dibujaron una sonrisa y traspuso el umbral. Allí se hallaba Richard, quien, tras una reverencia, se apresuró a ponerse a sus órdenes:

—¿Una mesa para dos, señora Renaud?

—Sí, una mesa para dos, haga-

me el favor; pero, procure que sea en un lugar discreto. Mi esposo llegará más tarde.

—Perfectamente, señora...

—Oiga, Richard. ¿Está el Sr. Harry?

—No ha llegado aún. Todos llegan tarde hoy. De ser supersticioso me imaginaria que eso es un presagio.

—No diga usted esas cosas — dijo poniéndose intensamente pálida y vacilando como si fuera víctima de un desvanecimiento. Pero se repuso inmediatamente y añadió esforzándose en sonreír—. No haga usted caso. Estoy un poco nerviosa esta noche.

Richard se inclinó y la condujo a una mesa desde la cual su cliente podía contemplar a su sabor el espectáculo sin que el resto de la concurrencia apenas la distinguiera.

Los dos matrimonios americanos empezaban ya a llamar la atención con sus exclamaciones, y las dos francesitas se habían permitido aceptar unas copas de champagne que los fabricantes, con enojo de

sus esposas, las ofrecieron desde su mesa. Las dos caras mitades de nuestros burgueses americanos no pudieron contener ya por más tiempo su mal talante y lo manifestaron de tal manera que cuanto decían era perfectamente oído por los demás clientes. Con uno de sus gestos el contenido de una de las fuentes se vino al suelo y el champagne de las copas se esparció por el mantel. Levantándose airada, la Sra. Pratt llamó en su propio idioma a un camarero:

—“¡Waiter!”

—“¡Garçon!” se dice en francés — corrigió su marido.

Uno de los camareros se apresuró a ponerse a las órdenes de la buena mujer.

—Oiga, muchacho. Quiero que nos dé usted otra mesa.

—Sí, señora... sí, señora... háganme el favor de seguirme.

Y el grupo, con gran alboroto y bajo la mirada compasiva de los demás comensales, siguió al camarero a otra mesa.

* * *

Al Wonder, el propietario del Bar, acababa de llegar en aquel momento.

A su paso los empleados se inclinaban y luego, familiarmente, con la familiaridad y cariño que aquel hombre les inspiraba, le dirigían la palabra:

—Buenas noches, Sr. Al.

—Buenas noches, Sr. Al — vino a decirle uno de los empleados que uniformados circulaban por entre las mesas para dar los recados que se recibían por teléfono para los clientes.

—¡Hola! — le contestó él—. ¿Qué te pasa, qué es lo que te ocurre a ti que tienes esa cara tan triste, Frank? Cualquiera diría que se te ha muerto alguien. Cuéntame.

—Una verdadera calamidad, Al. Mi esposa acaba de dar a luz y yo le había jurado que si me traía otro crío al mundo, me mataba. No sé qué hacer ahora...

Al Wonder se rió de buena gana y dándole una palmada en el hombro, le dijo al buen hombre:

—En tu lugar yo no haría eso. Además, te expones a matar a un hombre inocente... Toma este dinero.

En esto el capitán Von Ferring abordó a nuestro héroe.

—Tiene usted el aire feliz, Sr. Wonder. Sin duda ha tenido suerte en las carreras...

—No se crea usted eso.

—Indudablemente a usted le deben aconsejar bien al apostar.

—Nada de eso. Nunca me guío por lo que me dicen. Sigo siempre mis propias iniciativas en eso como en todo. ¡Y si me fuera a guiar por los sueños! Anoche tuve uno muy singular. Sombreros, sombreros, todo eran sombreros! Y con esa idea en la cabeza, fui al hipódromo y le aposté al caballo "sombra" ¿Sabe

usted qué caballo ganó? ¿No, verdad? Pues "Chapeau". ¡Hola, señores, tanto gusto en verles por aquí!

Los recién llegados se habían unido al grupo formado por Al y el capitán, y juntos rieron la gracia del relato. Poco después Al Wonder se entrevistaba con Richard, quien ante el aire feliz de su patrono le dijo:

—Parece usted muy contento hoy...

—Soy el hombre más feliz de la tierra, Richard.

—Pues prepárese a no serlo tanto.

—¿Y eso? ¿Qué es lo que ocurre?

—¡Pues no es nada! Inez y Harry no han llegado aún.

—¿Y el espectáculo?

—No se ha hecho nada aún.

—Bien. Te voy a decir lo que se va a hacer. Suprime el número de baile y en su lugar daré yo el mío.

—Pero, ¿y Harry?

—¿Y Harry, dices? Pues a ése le despidió en cuanto se presente.

—Siempre dice lo mismo.

—Sí, ya sé. Pero esta vez lo haré sin remisión. Le pondré en la calle sin contemplaciones.

—Bien sabe usted que si hace esto nos quedamos sin Inez también.

—Hoy tendré yo con ella una entrevista. Es demasiado buena chica

para que por ese granuja me deje plantado.

—¿Quién sabe!

Richard y Al se separaron para atender a sus peculiares funciones en el cabaret. A su paso, los huéspedes saludaban con afecto al popular propietario. Los que formaban un grupo junto al mostrador al verle le tributaron un aplauso.

—Señoras y señores, les agradezco a ustedes esta bienvenida que me hacen y aprovecho la ocasión para rogarles que disculpen la tardanza con que hoy comenzamos nuestro espectáculo. Pero es el caso que nuestro gigolo ha perdido el botón del cuello de la camisa y se encuentra de rodillas buscándolo por todos los rincones de su cuarto.

Los comensales rieron y aplaudieron las palabras del dueño, que continuó:

—Para darles a ustedes una toca idea de nuestro espectáculo voy yo mismo a ejecutar su primera parte.

A una señal suya la orquesta se dispuso a acompañar su canción:

¡Buenas noches, señores, espero que todos se diviertan!
A la aristocracia rusa y a los prusianos [aquí presentes...]
A los franceses les diré "bonsoir",
sois todos bienvenidos a mí Wonder
[Bar.

¿Por qué venía al alegre París?
 ¿Por qué venía todos a Francia?
 ¿Por qué dejaba a vuestras esposas
 en casa?
 En muy pocas palabras os lo voy
 a revelar:
 Las francesitas son más bonitas...
 ¡por eso a todos nos gusta Francia!
 El vino es fuerte y los besos
 queman...
 ¡por eso a todos nos gusta Francia!
 Disfrutad del Barrio Latino,
 de los brazos de una latina:
 Venid a ser y a gozar
 y veréis cómo os gusta Francia.
 Mientras la esposa duerme,
 divertíos.
 ¡Para eso estás en Francia!
 Ella en sueños estará valsando
 en los brazos de algún gigolo.
 El francés es galante, irresistible,
 todos debiéramos imitar al francés,
 sigan mi consejo, yo lo he probado,
 porque el francés es experto en amar.

Antes de que hubiese terminado,
 todos, unánimemente, aplaudieron
 al simpático anfitrión. Pero él les
 interrumpió para comunicarles que
 la pista quedaba a su disposición
 para entregarse a las dulzuras del
 baile. Acto seguido, Tammy atacó
 con brío un delicioso fox-trot de
 su propia creación y los comensales
 abandonaron las mesas y formando
 parejas se entregaron al ritmo de
 la música.

En aquel instante uno de los
 grooms vino a comunicar a Al que
 Inez acababa de llegar. No pudien-
 do ocultar su emoción, nuestro
 hombre se dirigió al camarín de la
 bailarina.

—¿Se puede?

—Adelante, Sr. Al—le contestó
 Inez reconociendo su voz.

—Buenas noches, Inez.

—Por favor, no me regañe usted.
 No me encuentro muy bien esta no-
 che. Además, no pude remediarlo,
 se me hizo tarde.

—¿Dónde está Harry?

—No sé decirle. Estuve en su ho-
 tel a buscarlo, como de costumbre,
 y eso ha contribuido a que haya he-
 cho tarde.

—Comprendido. Pero, ¿qué le
 ocurre a ésc?

—¡Ay, no sé... él y yo... oh, no
 es nada! — Inez no pudo contener
 por más tiempo las lágrimas que
 hacia rato amenazaban salir de sus
 ojos y ocultó su linda cabeza entre
 los brazos, como si pudiera así ocul-
 tar el dolor que desgarraba su al-
 ma.

—Anda, nena, cuéntame lo que
 pasa a tú corazoncito — le murmu-
 ró Al muy cerca del oído y, sin dar-
 se cuenta, al propio tiempo que ha-
 blaba le acariciaba la cabeza.

—No, Al, no puedo, no me es po-
 sible decírselo, perdóneme — le
 contestó ella con un acento en el
 que hubiérase podido entrever que
 su alma de mujer sentimental no
 era del todo indiferente a aquella
 muda pasión que leía en la menor

mirada que aquel hombre posaba en sus ojos.

—Como quieras, como quieras, Inez — murmuró Wonder ahogando un suspiro.

—Señor Wonder, el Sr. Harry acaba de llegar y se encuentra en su camerino — anunció en aquel momento un empleado desde la puerta.

—Allá voy, muchacho.

Dirigió una nueva mirada a la sollozante mujer y abandonó la estancia para dirigirse al camerino del bailarín.

Sin darle tiempo a excusarse, le increpó sin levantar la voz, pero con un tono que no dejaba lugar a dudas en cuanto a la ira que impulsaba sus palabras:

—Conque al fin se ha dignado usted hacernos el honor de su presencia, ¿eh? ¿No sabe usted que llega demasiado tarde?

—Sí, ya sé... — contestó el gícolo sin apenas dignarse volver el rostro, y continuando la meticulosa tarea de anudarse la corbata blanca. — ¿Dónde está Inez?

—No me importa Inez. Ahora de quién estoy hablando es de usted y no usted.

—¿Trata usted de burlarse de mí? ¿Que a usted no le importa Inez? ¡Vamos, hombre!

—No comprendo lo que me quiere usted decir...

El otro se echó a reír burlonamente.

—¿Conque no me comprende usted? ¿Me quiere dar a entender que no está enamorado de ella como un colegial? — preguntó con ironía Harry.

—¿Cómo te atreves a hablarme a mí de esa manera, canalla? ¡Repítele lo que has dicho, golfo!

Y mientras así le llenaba de improperios le agarraba de la solapa del frac con tal brío y en los ojos tanta indignación, que el gícolo, temiendo por la belleza de su cutis, le hizo esta recomendación:

—Como me ponga usted una mano encima me iré de aquí y conmigo se irá también Inez... Conque... modérese usted. ¡Mire cómo me ha puesto el traje! Cállese usted y recuerde que dentro de unos minutos tendrá que presentarse al público para anunciarme. Yo daría cualquier cosa por saber hasta qué punto me odia.

—No creo sea necesario que te lo diga... ¿De dónde has sacado eso? ¿A quién se lo has robado? — le preguntaba, contemplando un precioso collar de legítimas gemas que brillaba en las manos del "don Juan" del cabaret.

—¿Qué importa de dónde lo he sacado! ¿Cuánto me quiere dar por él?

—No seré yo quién te lo compre. Yo no compro nada cuyo origen ignoro.

—Oiga, Wonder, necesito reunir algún dinero para esta misma noche, ¿comprende? Me es de verdadera necesidad. Déme tan solo cien mil francos. Vale cinco veces esa cantidad... ¿por lo menos!

—Antes quisiera saber de dónde lo has sacado.

—¡Eso es algo que no podrá saber nunca!

—¿Lo has robado! Por un instante imaginé que... que alguien te lo había... te lo había dado.

—Miro, Al, se lo voy a decir: La señora Renaud me lo dió en pago de sus lecciones. No tenía efectivo y, además, no quiere que su esposo lo sepa.

—¿Qué iniquidad!

Sin decir una palabra más, asqueado, salió del camerino para ir a anunciar el número de la pareja. Poco después, los "botones" iban dando a su vez la noticia a los ejecutantes del número, Inez y Harry. El mismo Al se aproximó a la puerta de la joven y le dijo con tono amable:

—Anda, nena, date prisa, que es ya hora de salir.

Tan pronto como se halló lista la joven se precipitó en busca de Harry.

* * *

Al anuncio de la pareja famosa cuyos números de baile cosmopolitas eran el tema de la conversación, la expectación se hizo más intensa. Casi todos los allí reunidos permanecían silenciosos en espera de verles aparecer. Sólo los Pratt y Simpson, alegres algún tanto por la influencia de la bebida, no podían estar quietos.

La señora Pratt, que no las tenía ya todas consigo, trataba de adoptar una actitud digna ante la concurrencia y decía a su marido:

—Corey, has bebido ya demasiado.

El aludido, sin hacer caso, al contrario, dándose cuenta del estado de su mujercita, se explicó así:

—No sabes tú bien, mi vida, lo hermosa que te pones cuando has bebido un poco.

—¡Sinvergüenza! ¿Pues no has visto que no he probado sorbo en toda la noche? ¡Eres insoportable!

—Me lo imagino y por eso te perdono que me lo digas, corazón.

Las dos vampiresas, Mitzi y Claire, dándose cuenta de que el champagne iba ya dejando sentir sus efectos en el grupo de las parejas americanas, y creyendo la ocasión propicia, se aproximaron a ellos de nuevo con el objeto de sacar algún provecho del estado de confusión de aquellos cerebros.

Mitzi, la más provocativa de las dos, acercándose dulcemente al hueso de Simpson, y acariciando su calvicie, le musitó:

—Anoche soñé con un caballero calvo como usted que me regaló un billete de cincuenta francos.

—¡Amor mío, yo no hago eso ni en sueños!

—¡Entonces lo único real de aquel sueño era la calvicie!

—¡Camarero! ¡Camarero!—gritó la señora de Pratt.

Uno de los aludidos empleados se aproximó solícito.

—Háganos el favor de cambiarnos de mesa.

—¿Pero por qué hemos de cambiarnos de mesa, hija mía? A mí esta mesa me gusta.

—Mira, Carey, como digas una palabra nos vamos ¿sabes? —le amenazó su esposa.

—Tenga la bondad de seguirme, señora—suplicó el camarero.

Tras el camarero y la señora Pratt siguieron los demás del grupo sin que nadie protestara, y las dos mujercitas volvieron a su incursión por el local...

Apenas se habían instalado en la nueva mesa, el propietario del bar, Al Wonder, apareció de nuevo en el centro de la pista y con su gracejo especial anunció:

—Señoras y señores, dentro de unos instantes tendremos el honor de presentar a ustedes nuestro número principal, que no es otro que...

Pero uno de los comensales le interrumpió. A juzgar por la alteración de su semblante, ya que su incorrección no estaba en armonía con su aspecto de hombre de mundo, aquel hombre se hallaba bajo la influencia del alcohol ingerido, y, considerándolo así, nadie se inco-

modó y el mismo Al aprovechó la ocasión para una vez más lucir su ingenio.

—¿Qué va usted a hacer mañana, Al? —le había preguntado el beodo.

—No lo sé; jugaré al polo, o al tennis quizás...

—Quisiera que me hiciese usted un favor, Al.

—Con mucho gusto...

—En el Parque Zoológico hay una jirafa que me tiene completamente intrigado y quisiera salir de dudas respecto de su sexo. No sé si es macho o si es hembra. ¿Podría usted sacarme de dudas?

—Yo creo que no hay duda respecto de su sexo de usted. Usted es hombre, ¿verdad?... Señoras y señores, como les iba diciendo antes de que se me interrumpiera, el próximo número es el "Vals amoroso", ejecutado por la más bella artista de Francia: Mademoiselle Inez con su admirable compañero Monsieur Harry.

A la invocación de sus nombres Inez y Harry se presentaron en medio de la pista. Su llegada fué acogida con aplausos entusiastas. Ellos a su vez se inclinaron graciosamente y a los acordes del vals sus cuerpos esbeltos y elegantes se unieron en un abrazo mientras sus labios parecían ir a reunirse en un beso a

cada uno de los giros de la danza.

Tommy unió su voz a las de sus instrumentos y cantó la letra del "Vals amoroso":

Quando esta bella danza termine
no me digas "buenas noches";
deja que yo viva eternamente
la dulzura de este instante.
No me digas "buenas noches";
por favor, no rompas el encanto,
tengo tanto que decirte.
¿Puedo yo obligarte a ver en mí?
Ya que juntos nos hallamos
estréchame para siempre en tus
brazos.
¿Por qué no ha de ser eterno
este dulcísimo encanto?
No me digas "buenas noches"...

El coro añadió:

Es la historia del amor;
una sonrisa, una mirada,
un baile, una canción,
una emoción que se adentra
en el corazón.
Un rubor, una mentira,
un beso y un suspiro,
y un dolor al tú partir.

Con la última palabra de la letra del vals cesó la música y con ella el número de baile. Al desprenderse de los brazos de Harry, Inez murmuró en su oído:

—¿Por qué no ha de ser eterno este dulcísimo encanto?

Los huéspedes del bar se levantaron del asiento para mejor demostrar su admiración y aplaudieron calurosamente a la pareja.

No habían aún cesado los aplau-

sos cuando el banquero Renaud hizo su entrada en el brillante comedor de Wonder Bar y apresurábase a ir a la mesa donde se hallaba su bella y joven esposa Liane, que en aquel momento hablaba con uno de los camareros, a quien rogaba hiciera llegar a Harry una nota que le había escrito en el dorso del "menú".

A pesar de su gran habilidad para el disimulo, la señora Renaud no pudo ocultar su temor al notar la presencia de su marido, su miedo de que el buen hombre hubiera leído su escrito.

—¡Hola, encanto! ¿Te has aburrido mucho?

—¡Oh, qué susto me has dado!

—¿Cuánto lo siento, querida!... Me quedaré con el menú, ya le avisaremos — dijo al camarero y añadió a su esposa —: La junta de directores se ha demorado más de lo que yo hubiese deseado. Por primera vez parece que esos señores se dan cuenta de la crisis por que nuestro negocio atraviesa. Pero tal vez esto no te interesa.

—Después de todo sé tan poco de tus asuntos...

—¡Cuántas esposas estarían celosas de un asunto que les roba la compañía de su marido! ¡Eres tan indiferente!

—No seas tonto. Bien sabes que no ignora la importancia que el Banco tiene para ti.

—Si no fuera por ti, más de una vez me hubiera retirado de los negocios. Pero día llegará en que...

El banquero apoderóse del menú y notando la palidez de su esposa, le preguntó:

—Pero, ¿qué te pasa? ¿Estás enferma?

—¡Oh, no, no tengo nada! Me encuentro perfectamente bien. Pero debes estar cansado, querido, deja que yo me encargue de hacer el menú.

—Como quieras.

Al Wonder, atentísimo siempre con sus clientes no ya tan sólo porque ello conviniera a sus intereses, sino por ser su natural amable, iba de un lado para otro, deteniéndose ante los grupos, teniendo siempre el ingenio y la palabra a punto.

—¡Hola, Al!

—¡Hola, muchachas!

—¿Dónde estabas que hacía tanto tiempo que no te veíamos?

—Pues en una colonia nudista.

—¿En una colonia nudista?

—Sí—contestó riendo—, pero no quiero volver más...

—¿Por qué no quieres volver? ¿Qué te hicieron allí?

—Veréis; uno se cansa de ver siempre las mismas caras...

Las bailarinas y los clientes que le oyeron se echaron a reír y Al siguió su paseo a través de los saludos y de los afectuosos apretones de manos. Allí estaba el capitán Von Ferring, que intentaba acabar aquella misma noche con su existencia. Al llegó a tiempo para observar un cuchillo con el que con gran disimulo estaba a punto de cortarse una vena. Al ver al propietario del establecimiento, el capitán aplazó para más tarde su fin siniestro y lo saludó:

—¿Cómo está usted?

—Perfectamente, capitán Von Ferring. A propósito, amigo mío: ¿me quiere usted prestar su cuchillo? Lo necesito para sacarle punta al lápiz.

—Hace un momento me preguntaba cuánto tiempo tardaría en morir quien se cortara una vena.

—Ese suicidio de usted va a dar que hablar antes de que se cometa, capitán.

—¿Leerá usted los periódicos hoy?

—Naturalmente. Pero tenga usted la seguridad de que nada de particular referente a usted se leerá en ellos.

—Amigo mío, usted se equivoca. Esta vez se acabó para mí.

—En cuanto toma usted unas copas dice lo mismo.

—Esta noche cuando me vaya a casa... ¿Recuerda usted aquel despiadero por el que se pasa?

—No siga usted hablando de ese modo. Esas conversaciones me producen horror.

—Le llaman a usted por teléfono, señor—le participó a Wonder uno de los botones.

—Gracias. ¿Me perdonará usted un momento, capitán?

Al mismo tiempo, otro botones participaba al señor Renaud que le llamaban por teléfono. El banquero se levantó rogando a su mujer que le disculpara un instante, y poco después aparecía ante Liane el apuesto gigolo que se inclinó ante ella correctísimamente, y ella le tendió su linda mano, en la que él imprimió sus labios codiciosos.

—Harry, me tienes que devolver el collar. Mi marido sospecha. Yo le dije que lo había perdido y esta mañana me enteré de que la policía anda tras la joya.

—Entonces ese debe ser el motivo que ha traído aquí a los detectives preguntando por mí.

—Hemos de hacerles creer que lo he encontrado.

—Eso es algo que no podrás hacer. Me harán preguntas y hay algo

en mi vida pasada que no me interesa que sepan.

—Déjame probar, Harry. Les haré creer que lo he encontrado en algún cajón del tocador. Cualquiera cosa. Después haré que se cese en la investigación.

—Espera. Cuando me lo diste me dijiste que lo convirtiera en efectivo. Así lo he hecho.

—¿Lo has vendido?

—Ya te lo he dicho.

—Pues tienes que hacer lo posible para que te lo devuelvan.

—No te hagas ilusiones porque el individuo a quien se lo he vendido ha salido de París.

—¿Pero no te das cuenta de que nuestro asunto será descubierto y que te meterán en la cárcel y me verá envuelta en un terrible escándalo?

—Eso no puedes asegurarlo.

—¿Qué es lo que pretendes hacer entonces?

—Yo no sé qué es lo que tú harás, pero yo te aseguro que a mí no me cogen. Esta misma noche salgo de París, camino de América.

—Oye lo que te voy a decir, Harry: si tú te vas yo me voy contigo, ¿sabes?, de lo contrario denunciaré a la policía tu paradero.

El gigolo vió que en aquel mo-

mento llegaba el banquero y, repomándose, volviendo a sonreír con su sonrisa de hombre mundano, de hombre elegante, se inclinó ante Liane y murmuró:

—Celebro que le haya gustado el baile, señora Renaud.

—Gracias — le contestó el banquero desdénosamente. Y volviéndose a su esposa, a tiempo que Ha-

rry se alejaba, añadió—: Parecéis buenos amigos, ¿no?

—¿Quién? ¿Ese gigolo? ¿Por qué me haces esa pregunta?

—Nada importante. Algo me dijeron esta mañana. Pero no te preocupes por ello. De eso hablaremos más tarde, en casa. ¿Qué le pasará al camarero que no nos trae la cena?

* * *

Los comensales aplaudían a las bailarinas que acababan de ejecutar uno de sus bellos números. Nuestros amigos americanos, los señores Pratt y Simpson, con sus respectivas esposas, se lamentaban también del olvido en que parecían tenerlos los camareros.

—¿Cuándo vamos a comer? — preguntaba la señora Pratt.

A esta evocación el señor Pratt llamó a un camarero. Sin obtener inmediata respuesta, hizo Simpson la misma llamada:

—¡Camarero, camarero!

—Me parece que tienes más éxito con las chicas que con el servicio...

—Lo que sin duda demuestra que los camareros tienen más sentido común...

—Perdonen ustedes, ¿no están ustedes relacionados con doña Virginia Pratt, con los Pratt de...? — vino Al Wonder a preguntarles.

—Nosotros somos de Schenectady.

—¡Ah!

—¡Si usted supiera las ganas que tenía de serle presentado... señor Al!

—Quisiera preguntarle algo, señor Wonder.

—Estoy a sus órdenes, señora Pratt.

—No es más que una pregunta que no quisiera fuera indiscreta... ¿Sabe usted? Me refiero a la española, a la bailarina... ¿Verdad que está enamorada del gigolo? ¿Verdad?

—Verá usted...—dijo Al no sabiendo cómo evadirse.

—Quisiera saber si es verdad lo que dicen... dicen que se pelean como perro y gato.

—Pues verá usted. Para ser exacto... el pasado viernes se hallaban los dos en un "boudoir". "Boudoir", en América, es un lugar donde se duerme y en este país es un lugar de diversión...

Todos se echaron a reír al oír estas palabras de Al Wonder, que continuó:

—Ella estaba en una "chaise longue".

—¿En qué ha dicho usted?

—En algo que en su tierra se llama sofá. Y resulta que jugaba al pishey-pashey.

—¿Cuándo, esa misma noche?

—¿Usted es madre, verdad señor Pratt?

—Nada más exacto, señor Wonder...

—Pues entonces usted no me ha oído bien. Que se diviertan ustedes.

—Pero, ¿qué es lo que dijo?

—Pues dijo "Pishey-pashey". Y a propósito, esto me recuerda una cosa.

Y diciendo así, Pratt se levantó y se dirigió a cierto lugar en el que sin duda encontraría a la señorita Mitzi, que seguía haciéndole señas.

Entretanto Harry, el gigolo, trataba de venderle a Wonder el collar, sin que pareciera que hubiese de lograrlo.

—Deme sólo cien mil francos.

—No me sigas molestando con tu dichoso collar.

—Pero, Al, ¿se da usted cuenta del valor de este collar? Vale una fortuna.

—¿Y a mí qué me importa lo que valga!

—He de tener en mi poder esa cantidad esta noche, Al...

Al no quiso seguir oyendo al gigolo y salió del despacho volviendo al comedor, en donde vió un nuevo personaje, al conde Auf Em Yam.

—¿Cuánto me alegro de verle, señor Wonder!

—Pues yo estoy un poco enfadado con usted, conde.

—¿Por qué?

—Hace lo menos dos meses que no le veo por aquí.

—Pero si he estado viajando... fui a Moscou.

—¿En Moscou?

—¿Conoce usted Moscou, señor Wonder?

—¡No he de conocerlo si yo soy ruso también!

—¿Usted es ruso?

—No faltaba más...

—Entonces hágame el favor de sentarse. A ver, camarero, tráiganos unas copas...

El propietario del bar se sentó a la mesa del conde ruso y los dos hombres entablaron una animada conversación que amenizaron unas copas de champaña.

—No sabe usted los recuerdos que el nombre de aquella ciudad me evoca, querido conde. ¡Ay, amigo mío!, si los bolcheviques no se hubieran adueñado del poder, si los Zares no hubieran tenido el trágico

final que tuvieron, a estas horas mi tío Sokoloeff dirigirá la orquesta en el palacio de Petrogrado.

—¿Sokoloeff ha dicho usted, querido Wonder?

—Sí, Rinsky Sokoloeff.

—¡Oh!

—Sí, el pobre sería a estas horas el director de la orquesta en el palacio del Gran Duque Alejandro, en el palacio de Petrogrado. Pero no somos él y nosotros sino tristes emigrados. ¡Brindemos por Sokoloeff!

—¡Brindemos por el gran artista!

—Me parece que fué ayer cuando mi querido tío hizo su "tourné" a través de Rusia para dar unos conciertos de música popular con que halagar al pueblo ruso. De algunas millas a la redonda los campesinos acudían al lugar donde él se hallaba para oírle. Las mujeres vendían en las calles sus besos para que sus esposos pudieran reunir el importe de la entrada a la sala del concierto donde el gran Sokoloeff tocaba su mágico violín. ¡Cómo les gustaba oírle tocar la encantadora melodía rusa "Otchi Tchorniya"!

—Y, ¿qué se ha hecho del anciano caballero, del gran virtuoso y director magistral?

—Amigo mío, ¿quién lo diría? El gran hombre se gana la vida ven-

diendo artículos de mercería por las calles de París.

—¿Qué me dice usted, Wonder?

—Lo que usted oye, querido amigo...

—Y vende artículos de mercería... ¿Y por qué hace eso, querido Wonder?

—Pues, es bien sencillo, no tiene dinero y tiene que comer.... Y, al terminar su tarea, casi siempre sin resultado, sube a su nido, mejor, a su covacha, en las alturas de un terrado, y devora lo que los compasivos vecinos le han dejado sobre la mesa... Si me parece verle aún con su violín bajo el brazo...

—Bueno, querido Al, no me hable usted de miseria y cánteme usted con su bella voz, nuestra linda melodía rusa "Otchi Tchorniya".

—Como guste, querido conde...

Al apuró el contenido de su copa y con voz emocionada cantó la bella y popular canción. Cuando la hubo terminado el público le tributó un ruidoso aplauso. Nuestro héroe se inclinó y volviendo a su actitud de festivo anfitrión, manifestó:

—Señores, ahora a bailar todos.

Dicho esto se fué a encontrar a Richard.



En el camerino de la bailarina Inez, se hallaba con ésta su pareja de baile, el gigolo Harry, tendido indolentemente en una butaca contemplando las espirales del humo de su cigarrillo, prestando apenas atención a las súplicas de la española.

—Dime, Harry, ¿por qué tienes tanto interés en vender el collar de esa mujer?

—Por una razón bien sencilla. Porque la policía anda tras el collar y ella quiere que se lo devuelva. Además, he de ser franco: quiero venderlo para con el dinero que obtenga tomar las de Villadiego. Quiero irme de aquí esta misma noche.

—Pues mira, Harry, si te vas tú, también me iré yo contigo. ¿Ver-

dad que sí, Harry? ¿Verdad que no me dejarás?

Inez se había sentado en el suelo, a los pies del guapo mozo, que apenas si la miraba, y con sus brazos rodeándole las piernas, lo contemplaba como se contempla a un ídolo.

—¿Verdad que no me abandonarás, Harry?

—¡Déjame solo de una vez! —fué la brusca respuesta.

—¿Por qué me tratas así, Harry? ¿No te das cuenta de que si me dejaras me volvería loca? Además, tú no puedes dejarme. Mi juventud, mi vida misma han estado siempre a tus pies; durante dos años no he sido otra cosa que lo que tú has querido que fuera. En una palabra, he sido tu cosa. Como

te quiero, lo soperto todo con placer; pero, ¡por favor, no te vayas y me dejes! ¡Te quiero, Harry, te quiero con toda mi alma! ¿Tan poco mis sentimientos valen para ti?

Se levantó y, mimosa, fué a sentársele en las rodillas, sin que él hiciera el menor gesto. Pero Inez, no haciendo caso de su desdeñosa actitud, le acariciaba el cabello y le besaba en los párpados.

—¿Verdad, Harry, que no te irás?

—¡Hazme el favor de dejarme tranquilo!

—¡No seas malo con tu mujercita, Harry!

—Ya te lo he dicho, me iré esta noche. Y me iré aun cuando no reúna el dinero. ¿Me oyes? ¡Me iré!

—Harry... —murmuró la joven dejando caer su cabeza en el hombro del gigolo.



...a partir de la hora en que los buenos burgueses se retiran...



...ejecutaban verdaderas maravillas bajo la luz cambiante...



—¿Por qué sueño yo esas cosas?



—Yo no compro nada cuyo origen ignoro.



—Parecéis buenos amigos, ¿no?



—Aquí tienes cien mil francos por el collar...



—El no te merece, Inez. Ese hombre no vale una de tus lágrimas.



...que con sus danzas contribuían a hacer las delicias...



—...iré contigo.



—¿Te vas de veras esta noche?



...pero el bailarín no hizo caso...



...se hallaba abaridísimo...



—¿Qué le ha ocurrido al bailarín, señor Al? —preguntó el gendarme.



—Os estaremos esperando...

—Todo ello no ha sido más que
una pesadilla...



—Los dos debéis estar solos.

* * *

Mientras se desarrollaba esta escena en el camerino, se hallaba el director de la orquesta entregado a sus sueños de amor, de amor por aquella misma Inez cuyo corazón pisoteaba el indigno Harry, y cantaba así:

¿No recuerdas tú la noche
en que estuvimos juntos
en el Wonder Bar...?
¿Y no recuerdas que nos
prometimos...
que volveríamos a vernos?
Pues aquí estamos.
¿No podemos revivir el idilio
interrumpido aquella noche...
la noche aquella que tuvimos
que separarnos?
Yo siempre en mi pecho guardé
la esperanza,
que algún día volveríamos
a vernos en el Wonder Bar.

Así cantaba Tommy sus esperanzas, en su rincón del Wonder Bar, bajo cuyo techo, a unos pasos de

distancia, la misma mujer a quien adoraba sufría uno de los más rudos golpes que puedan asestarse a un corazón.

—Chico, estoy sin saber qué determinación tomar con ese imbécil — le decía Wonder a Richard.

—Pero ¿no pensabas deshacerte de él?

—Piensa marcharse sin conseguir algún dinero.

—Sin duda Inez se irá con él.

—No creo que ese hombre sea capaz de llevársela. ¿Ese nunca quiso a Inez si no fué para explotar su hermosura! Creo que él procura deshacerse de ella, y, naturalmente, la dejará. Quería venderme una joya. ¡Si fuera verdad que al irse lo había de hacer solo...!

—Pero la policía le anda buscando.

—Ve y dile a ese tipo que venga a verme a mi despacho.

Mientras en el salón se iban sucediendo los números de revista que por su fastuosidad habían hecho célebre al "Wonder Bar", mientras se sucedían los más fantásticos decorados y ante el público las bellísimas bailarinas ejecutaban sus maravillosas danzas envueltas por finísimos velos que dejaban traslucir sus venustos cuerpos, en la semioscuridad, la Sra. Pratt se entretenía en cambiar miradas inequívocas con uno de los jóvenes clientes sentado a una mesa próxima. Era uno de esos jóvenes sin medio de vida conocido, que existen sin que pueda imaginar nadie cómo les es posible vestir con verdadera elegancia y frecuentar los lugares de placer de las grandes ciudades. Guapo era el mozo y, no había duda, la vanidad femenina de la buena mujer era halagada infinitamente viéndose objeto de las atenciones del apuesto muchacho. Llegó el galán en su fingido enamoramiento de la mujer aquella, que por su edad bien podía ser su mamá, a entregarle un pedazo de pa-

pel en el que la citaba para cierta hora. De la nota hizo la Pratt partícipe a la Simpson y ambas se prometieron un buen rato decidiendo hacerle saber al galán el número de sus habitaciones en el Hotel Claridge.

Y nada más ingenioso que el modo de que se valió la esposa del fabricante de tuercas para que el pollo se enterara del número de su cuarto.

—Quiero enseñarte el sombrero que compré hoy. La vendedora era verdaderamente simpática, pero, en mi inglés, le era casi imposible comprenderme. Tuve que repetirle el número de la habitación. No me podía entender. Me parece que es bien claro: ¡Cuarto 506 en el Hotel Claridge!

Así hablaban las dos esposas americanas gozando ya de antemano del placer de la visita que esperaban les haría el donjuán, mientras sus maridos continuaban absortos en la contemplación de las bellas francesitas o extasiados en la de la belleza de las bailarinas, sin preocuparse de sus propias mujeres.



Grande era la desesperación de nuestra amigueta Inez. No le cabía en la cabeza la idea de que Harry iba a dejarla, a ella que todo lo había otorgado: todas sus ilusiones de mujer, su corazón ardiente y su alma sentimental y vehemente, haciendo caso omiso de las ofertas de matrimonio o de amor verdadero que le habían hecho. Allí estaba el señor Wonder, el propietario del local, que, bien lo sabía ella, a pesar de que jamás se lo hubiese confesado, estaba enamorado de ella y que no hubiera titubeado en hacerla su esposa. Allí también aquel buen Tommy a quien hacía feliz con la menor sonrisa. ¿No sería su actual humillante situación un castigo? Tal vez. Pero, no, ella no podría sufrir con calma aquel último ultraje a su dignidad de mujer.

Tommy fué siempre buen amigo suyo a pesar de haberle rehusado sus ofertas de casamiento. Pensando se hallaba en él cuando entró a verla el propio joven, con su simpática sonrisa, con aquella sonrisa que delataba su natural bueno, su corazón entero.

—He venido, Inez, a que oigas mi nueva canción. ¿Quieres oírla?

—Ahora, no, querido. Estoy algo triste.

—La música te alegrará, Inez.

Tommy fué a sentarse al piano.

—Esta melodía es mejor que el "Vals amoroso".

Procurando no herirle, suavemente, sonriéndole, Inez le contestó.

—¿Verdad que te será igual otro

día? Y no te enfadarás conmigo, ¿verdad, Tommy?

—Cuando quieras, Inez. Nada me hace tan feliz como obedecerte. Si tú supieras...

—¿Te levantaste muy tarde hoy, Tommy?

—No. Me levanté muy temprano. A las nueve me estaba desayunando. Anda, acércate. Es una melodía muy linda; además, sólo nos tomará unos minutos. La tonada es de esas que se llaman pegadizas, de las que fácilmente se aprenden. Verás:

Veo a alguien, como tú,
preparando el desayuno
para dos...
Un sueño que nunca se realiza.
¿Por qué sueño yo esas cosas?
Cuando el día toca a su ocaso,
un ángel me sale al paso,
y con sus besos calma mis
afanes.
¿Por qué sueño yo esas cosas?
Todas las noches vivo una
bella ilusión.
Y te tengo entre mis brazos;
comprendo que deliro en mi
loca pasión,
pero anhelo en sueños volverte
a besar...
Entonces un nuevo día volverá
a brillar;
ya despierto volveré a sufrir,
pero en la noche vuelves a
ser mía.
Y en mis sueños la dicha
volveré a encontrar.

Mientras Tommy, acompañando-
se al piano, cantaba para Inez

aquella expresión de sus propios
sentimientos, de sus propios sueños,
ella, arrasados los ojos por las lá-
grimas, había ocultado la cabeza
entre los brazos. El se levantó y to-
mándole la cara entre las manos,
contemplándola con adoración, le
murmuró:

—¿Te gusta?

—Bien lo sabes que me gusta.
¿Por qué me lo preguntas? Pero no
me tortures más. No quiero oír más
música ahora.

—Me preocupa verte así, Inez.
Algo te ocurre... ¿qué es ello?

—No me pasa nada, Tommy.

—Harry... ¿verdad?

—¡Oh, no!

—No sabes bien, Inez, a pesar de
mi calma aparente, lo que sufro yo
viéndote tan perdidamente enamo-
rada de ese hambre. Y tener que
recordar que antes de que él se pre-
sentase en nuestro camino nos ha-
bíamos tú y yo hecho tantas prome-
sas y formado tantos planes...

—No sigas, por favor, Tommy.
¿No ves lo que me haces sufrir?

—Pero a mí la vida se me hace
imposible, Inez... De noche no duer-
mo teniéndote presente y, en cam-
bio, en vez de dormir, me paso las
noches escribiéndote cosas que des-
pués no has de leer, componiéndote
canciones que luego si las oyes te

aburren porque hay otro hombre... otro hombre que tal vez pague tu amor con el desprecio.

—No deberías quererte así, Tommy. Deberías haberte dado cuenta de que todo ha cambiado.

—Ya sé, Inez; tú hoy eres una estrella, una gran artista mimada por el público y por cuantos tratas, y yo, en cambio, no soy nada ni nadie...

—No es eso, Tommy—exclamó Inez desesperada—. ¿Pero no ves que estoy loca por ese hombre? ¿No te has dado cuenta de que me ha quitado la voluntad?

Allá, en el salón, la fiesta se hallaba en todo su esplendor: aún faltaban algunos números, el principal de los cuales era un baile argentino ejecutado por Inez y su pareja Harry.

Mientras tanto el cuchicheo entre el joven y las americanas se había intensificado. Hubo un momento en que el galán, como si quisiera aprovechar la ocasión que se le tendía — la señora Pratt había dejado caer un guante — se levantó, recogió la prenda, y ya ante las damas se inclinó con su exquisita reverencia y lo tendió a su conquista:

—¿Es suyo?

—¡Ay, sí, muchísimas gracias! —le dijo ella mientras le envolvía en una amorosa mirada.

El señor Pratt se levantó como mejor pudo y también murmuró:

—Gracias.

Y volvió a caer en su asiento. Ya en él, creyendo que aquel caballero tan correcto lo merecía, se sentó:

—Me llamo Pratt; sí, yo soy el fabricante Pratt...

—¡Lo que tú eres es un borracho!

—Sí, en efecto, creo que lo soy —dijo llenando una copa y apurándola.

El pollo se sentó ahora a la mesa y se puso a platicar con las damas sin tener ya que recurrir al anterior procedimiento de las notas escritas en pedazos de menú.

Lo que había acabado de trastornar a la señora Pratt fué el beso que en su mano había depositado el joven al presentarse. Aquello para ella era el colmo de la distinción y no había podido resistir a la tentación de rogarle al joven que le hiciera lo mismo a su amiga la señora Simpson.

* * *

Al Wonder y Harry se hallaban de nuevo frente a frente. Este había acudido al despacho de su principal al participarle aquél su deseo por mediación de Richard.

—Aquí tienes los cien mil francos por el collar.

—Ha hecho usted un gran negocio. Fácilmente podrá doblar el importe como se proponga venderlo a su vez.

Pero sin duda Al no tenía intención alguna de especular, puesto que le contestó:

—Te los doy en la creencia de que te irás esta misma noche como dijiste. Y si lo has de hacer, hazlo cuanto antes.

Harry se echó a reír, mientras introducía cuidadosamente la cartera en el bolsillo del frac.

—Le comprendo perfectamente,

Al. Yéndome yo, tiene usted el campo libre para conquistar a Inez. ¿No es eso?

—Ya tienes el dinero, granuja. ¡Ahora vete, cuanto antes mejor!

La situación de Liane de Renaud no era clara a sus propios ojos y tenía que hacer esfuerzos supremos para disimular a su marido, sentado allí frente a ella, en la mesa del comedor de "Wonder Bar". Mil pensamientos, a cual más lugueros, venían a nublar su frente mientras sus labios tenían que sonreír a su esposo y a las personas que al pasar frente a su mesa se inclinaban respetuosamente.

¿Qué haría Harry? ¿Sería posible que aquel hombre a quien adoraba, por quien había hecho tanto, la abandonara de aquel modo? Y si se fuera ¿podría ella soportar

aquel golpe? ¿Podría ella vivir sin las sabias caricias de su gigolo? ¿Se trataría sólo de un rufián bajo sus modales de aristócrata? La policía le buscaba. ¿Qué pasado era aquel que tanto interés tenía en ocultar? ¿No le estaría engañando con aquella bailarina que, no había duda, no vivía sino por sus miradas?

No había probado nada desde que se sentara y, al cabo, el viejo banquero la preguntó:

—¿Te encuentras indispuesta? Te veo nerviosa.

—No sé por qué me lo dices, me encuentro perfectamente.

Unos caballeros acababan de llegar. Eran amigos y compañeros del banquero. Después de los saludos, uno de ellos se encaró con Renaud:

—Tenía verdaderos deseos de encontrarte. El Banco de Francia ha aceptado nuestras condiciones.

—No sabes lo que la noticia me alegra. Esto despeja nuestra situación—contestó Renaud.

—Lo que tenemos que hacer es adoptar la política empleada en el caso Lu Vant.

—¡No faltaba más! Camarero, hágame el favor de traer dos sillas más para estos caballeros. No me cabe duda de que estos amigos que-

rán acompañarnos con unas copitas.

—Oye, querido—intervino la esposa del banquero—, seguramente en el bar os podrían entregar mejor que junto a mí a vuestros asuntos. Yo os aburriría seguramente con mi ignorancia en tales cosas. ¿No te parece?

—¿De veras no te enojarás con nosotros si te abandonamos?

—Me harás un favor...

—Gracias, querida. Volveré lo antes posible.

Los dos caballeros se inclinaron y en unión del banquero se dirigieron hacia el bar en donde, en efecto, se entregaron a la conversación sobre el tema que a ellos interesaba, tan pronto como el empleado les hubo servido unas copas de Benedictine.

Harry, que desde hacía ya rato venía espiando, bajo la disimulada mirada de su amante, el momento de acercarse a ella, al ver a Renaud y sus amigos dejarla sola, se encaminó allí.

—Me vas a permitir que no esté mucho tiempo contigo. De veras lo siento, Liane, pero tengo prisa y he de cambiarme de ropa.

—Habrás cobrado ya tu sueldo, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y te vas esta noche?

—Sí, lo tengo decidido; esta noche misma.

—Entonces me voy contigo. ¿Qué me importa a mí lo que diga la gente!

—Pues yo he decidido no llevarte conmigo...

—Pues yo te juro que si no me llevas contigo te denunciaré a la policía y serás detenido. Y no solamente eso, sino que diré que me robaste el collar.

—No seas tonta. Tú no eres capaz de semejante cosa. El temor al escándalo te detendrá, mujer...

—Nada me importa el escándalo, Harry. Como te he dicho, tan poco me importa que me iría contigo.

—Pues conmigo no vas...

Harry iba a continuar, pero en aquel momento se les aproximó Richard, quien después de inclinarse ante la señora de Renaud y disculparse, le dijo al gigolo:

—Le están esperando, Harry. Debe ir a prepararse para su número.

Volvió a disculparse y de nuevo

quedaron solos Harry y la señora Renaud. Nada se dijeron durante unos minutos. Parecían estudiarse, y como sin duda viera en los bellos ojos de aquella mujer pintada la más firme resolución y temiendo por su libertad, el Don Juan del "music-hall", aproximándose más a ella, le murmuró:

—Perfectamente; irás conmigo. Nos iremos en cuanto acabe mi número de baile. Sal y en el patio encontrarás mi coche. Métete en él y espérame allí.

Se inclinó respetuosamente como si quisiera ocultar a los espectadores la intimidad que le unía a aquella gran dama y se alejó en dirección a su camerino.

Richard, a quien los manejos del gigolo nunca escaparon, pudo ver, poco después de haberla dejado el gigolo, como la señora de Renaud, nerviosamente, abandonaba también el comedior y después de mirar en dirección al lugar donde se hallaba su esposo con sus amigos, echó sobre sus hombros la elegante capa y se precipitó en el patio de coches metiéndose en el de su amante.

* * *

Inez, mientras tanto, había descubierto que Harry debía hallarse dispuesto a cumplir su deseo de irse aquella misma noche, puesto que sobre una mesa se hallaban las maletas ya cerradas y no quedaba ninguna prenda en las perchas ni, como de costumbre, sobre los demás muebles de la habitación. Grande fué su dolor al convencerse de que aquel hombre iba a dejarla, y, como quisiera expansionarse, como si comunicándose con otra persona pudiera hallar lenitivo a su pena, corrió a buscar a Wonder.

—¡Ay, señor Al! ¡No sabe usted lo que me ocurre! ¡Ese hombre se va!...

—Tómalo con calma, mujer; no te pongas así.

—Pero usted debe evitar que se vaya.

—Te recomiendo que no te excites, que nada lograrás, si no te calmas.

—Pero, ¿no ve usted que se va hoy mismo? Ya tiene las maletas arregladas. Yo misma lo he visto.

—Y te abandona el muy bribón, ¿no es eso?

—Sí, él me dijo que se iba a ir, pero yo no creo que sea capaz de herirme de ese modo, ¿verdad, señor Al?

La pobre Inez inspiraba lástima. Las lágrimas, abundantes, le corrían por las mejillas. Conmovido por tanto dolor, Al Wonder, compasivo, la atrajo a sí, y con su voz más dulce le dijo:

—El no te merece, Inez. Ese hombre no vale una de tus lágrimas.

—Pero no tiene un céntimo. Fué por eso que trató de venderle el collar.

—¡Cómo! ¿Qué dices? Pero si no hace mucho le entregué cien mil francos por ese collar.

—¿Usted? ¿Que usted se lo compró?

—Sí, fui yo. Yo se lo he comprado.

—Pero, ¿por qué lo ha hecho usted?—le preguntó Inez, desesperada, no queriendo creer lo que había oído.

—Lo he hecho precisamente en bien tuyo, Inez. ¿No te das cuenta que tus relaciones con ese hombre hubieran terminado con tu prestigio y hubieras acabado un día por parar en la cárcel? ¿No comprendes que ese hombre no era; no podía ser para ti? Además, el hecho de que quiera dejarte, ¿no es para ti una prueba absoluta de que no te merece? ¿No ves cómo te paga ese cariño que por él sientes? Vamos, cálmate y bendice el momento este en que te libras de su nefasta influencia.

Pero Inez no prestaba oídos sino a su corazón:

—¿Por qué ha favorecido usted la escapada de Harry? Yo creía que usted era amigo mío...

—Me interesa más de lo que puedas imaginarte tu felicidad, Inez.

En aquel momento Richard entró en el despacho de Al y, sin excusarse, se encaró con éste, y le obligó a seguirle fuera del despacho:

—Bien, ¿qué es?

—Pues nada, que Harry nos toma el pelo a todos.

—No sé qué quieres decir, Richard.

—Pues que el gigolo se nos escapa con la señora de Renaud.

—¡Debes haberte vuelto loco, muchacho!

—Pues no estoy loco. La he espionado. Salió por una de las puertas traseras, una de las que dan al patio de coches, y la he visto meterse en el de Harry. Le esperará allí hasta que acabe su número y...

—¡Eso es horrible! —gritó Al Wonder exaltado por la ira—. ¡Ese hombre me arruinará! En cuanto se haga público que se ha escapado con la mujer de uno de los hombres más conocidos e importantes de París nadie volverá a mi establecimiento... ¿Dónde dijiste que se halla el coche de ese canalla?

—No lejos de la puerta del patio. Pete se lo enseñará.

Al Wonder salió precipitadamente y unos segundos después, preguntaba al portero Pete:

—Oye, Pete. ¿Has visto pasar por aquí a la señora de Renaud?

—Sí, señor; la vi cuando yo estaba metiendo en fila el coche del capitán Von Ferring. Cosa rara, hoy ha venido sin su chauffeur.

—Eso no me interesa. Lo que quiero saber es dónde está el coche de Harry. Enséñamelo.

—No está lejos. Ese es, el "Minerva".

Después de haber salido Al de su despacho, Richard anunció a Inez la proximidad del momento en que debía acudir a escena. La pobre muchacha corrió a lavarse y vestirse mientras Al se aproximaba a la portezuela del coche que le indicaba Pete. Se asomó al interior y pudo distinguir en la semi-oscuridad a la señora de Renaud envuelto el rostro por un velo. La reconoció.

—Señora Renaud, yo le suplico a usted que me perdone esta libertad, pero Pete me acaba de decir que la vió a usted meterse en este coche por equivocación. Creí mi deber advertirla...

—No sabe usted cuánto le agradezco su interés, señor Wonder, pe-

ro mi esposo y yo iremos a casa esta noche con el propietario de este coche...

—Entonces, señora, iré a comunicárselo a su esposo—le contestó Al mirándola fijamente, pero sin poder observar la palidez mortal que cubrió el rostro de Liane, que se precipitó a decir:

—No, no es necesario. En este momento se halla en el bar con unos amigos, hablando seguramente de sus negocios. No se moleste usted; él no tardará en venir.

—Yo creo, señora de Renaud, que mejor sería que no nos engañásemos por más tiempo, ¿no es usted de mi opinión?

—No sé qué quiere decirme usted, señor Wonder. En verdad su lenguaje me causa gran sorpresa.

—Señora de Renaud, su esposo es uno de mis mejores amigos y además un apreciable cliente de mi modestísima casa. Y le conozco lo bastante para saber que a él no le gustaría en lo más mínimo que su esposa cometiese un disparate.

—Me parece que no le comprendo a usted bien, señor mío.

—Pues será más claro, señora de Renaud. Si usted se va esta noche con el gigolo, se arrepentirá el resto de su vida.

—¿Cómo se atreve usted a ha-

blarme de ese modo? ¿Con qué derecho?

Al metió la mano en uno de sus bolsillos del pantalón y extrajo, sin ponerlo aún a la vista de Liane, el collar, que Harry le vendió.

—¿Cómo cree usted que Harry ha conseguido el dinero para irse con usted?

—Me parece que se mete usted en un asunto perfectamente de mi incumbencia y... no de la suya...

—Se la llevará a usted con el importe de la venta de su collar. Me lo ha vendido hace unos momentos. Si a pesar de ahora saber esto, usted cree que ese hombre es digno de su confianza... puede usted escapar con él con entera libertad.

Y ante el asombro de Liane puso en sus manos el collar que brilló unos instantes a la luz mortecia del interior del coche.



Von Ferring había tomado muy en serio lo del suicidio y estaba resuelto a poner fin a sus días aquella misma noche. Ya había intentado cortarse una vena, pero reflexionó considerando que debía despedirse del mundo como se despiden un caballero en un salón: con buenas maneras. Y como desde la inauguración del bar había sido uno de sus más asiduos concurrentes, como era hombre espléndido que sabía en todo ser elegante, hasta en la dádiva, había sabido captarse la simpatía y hasta la verdadera amistad de las muchachas que con sus danzas contribuían a hacer las delicias de los clientes de Wonder Bar.

Quiso ir a despedirse de ellas, de cada una de ellas, y tambaleándose ligeramente, subió a las habitaciones donde aquellas cambiaban

sus trajes de calle por los finísimos cendales que dejaban entrever la línea exquisita de sus cuerpos de maravilla.

A su llamada no tardaron en responderle y entró allí como quien entra en su propia casa. Todas se le aproximaron y le tributaron su simpatía. Y grande fué su asombro cuando les comunicó su deseo de hacerlas sus herederas. No podían comprenderle. Por mucho que hubiera nunca había perdido el sentido de la realidad. Tomándole por su cuenta, rodeándole el cuello con sus brazos, lo llevaron hasta un sofá y allí, sentadas a sus pies o casi sobre sus rodillas, se dispusieron a oírle.

—Sí, chicas; está resuelto. Esta es mi noche postrera y vengo a despedirme de vosotras. Ya sabéis lo

que os quiero y voy a haceros mi último presente. Mira, aquí tienes mi alfiler de brillantes que tanto admirabas.

—¡Oh! Capitán... no sé si debo aceptar...

—Si ya no lo necesito más, preciosa...

—A mí nunca nadie me ha dado nada... —dijo con voz de niña enojada una preciosa rubia.

—También hay algo para ti, Patricia: aquí está este anillo, mi anillo favorito. ¡Cuánto celebro que vaya a parar a unas manos más afortunadas que las mías!

—Es verdaderamente precioso... Capitán...

—Para ti, Irma, es mi medalla más querida...

—Vamos, capitán; usted debe ir a acostarse, y deje esas bromas. ¿Qué es eso de suicidarse, un hombre como usted?

—No, amor mío, no estoy borracho. Nunca estuve más sobrio ni más consciente de mis actos.

—Mañana vendrá usted a pedirnos estas cosas que ahora nos regala.

—Yo no os engaño. Todo eso os pertenece y en cuanto a mañana... no hay mañana para mí.

Las muchachas rieron de buena gana la ocurrencia del Capitán. Pero he aquí que entró el encargado

del vestuario y vió con malos ojos la estancia de aquel hombre entre las chicas, casi todas ellas vestidas con muy ligera ropa. Dijo algo que llegó muy torpemente a oídos del Capitán, que contestó echándose a reír. El otro, esta vez se dejó entender:

—Tendrá usted que retirarse de aquí. Las visitas a este lugar están absolutamente prohibidas por los reglamentos de la casa. Tendrá usted que retirarse inmediatamente—repitió, dándose cuenta de su importancia en aquel momento el guardián.

—Tiene razón este hombre, María —dijo Von Ferring dirigiéndose a una de las muchachas—. Hace años que debí haberme retirado—. Se levantó, recogió el sombrero y los guantes y, ya en la puerta, las saludó:

—¡Buenas noches, encantos de mi vida!

—¡Buenas noches, Capitán! —le contestaron todas a coro, acompañándole.

—Mejor que buenas noches será decirnos "Adiós".

—¡Adiós!... —fué la respuesta. Y el Capitán salió de allí y descendió las escaleras que conducían al hall del bar, haciendo esfuerzos por mantenerse erguido.



Los miembros de la orquesta se hallaban ya reunidos y esperando que Tommy, su director, tomara la batuta y diera con ella la señal. Pero aun Al Wonder no había aparecido para anunciar al público la presentación de la celebrada pareja de baile Harry e Inez. Preocupado estaba Tommy por la tardanza de los bailarines, y sin poder ocultar su extrañeza, le preguntó a Richard:

—¿Cómo es que Inez no se ha presentado aún?

—¿No está en su camarín?

—Sí, los dos están en el suyo, pero si de todos modos Harry no se presentara dentro de un par de minutos, puedes empezar a tocar.

—Perfectamente — le contestó

Tommy mientras llamaba la atención de los músicos.

Instantes después, Al Wonder, con su gracia peculiar, llamaba la atención del público:

—Ladies and gentlemen. Dames et messieurs, Señoritas y Caballeros, Damen und herren: voy a tener el honor de presentarles el próximo número, la Danza del Gaucho, el Tango Argentino, ejecutado por la señorita Inez y el señor Harry. En este baile "acaricia" con un látigo el cuerpo frágil de la bella Inez. No os indignéis por ello, pues a Inez le saben a miel los latigazos... ¡A ver, gaucho, preséntate!

Como obedeciendo a aquel llamamiento, Harry se presentó en la pista de los espectáculos, ataviado a

la manera de los vaqueros argentinos, calzando botas altas de charol, camisa de impecable blancura en la que se destacaba el amplio pañuelo de seda negro, el pantalón y la chaquetilla de reminiscencia española y el sombrero de amplias alas ligeramente inclinado y sujeto a la barbilla por una cinta de piel. Hermoso estaba Harry de aquel modo vestido y más de un suspiro hubiérase podido percibir entre el público femenino, que fué el que con más calor aplaudió a la exótica aparición.

Al presentarse Inez, el público no esperó que Al Wonder hiciera de ella la presentación. Un aplauso entusiasta acogió a la bella joven en cuyos ojos de un negro profundo hubiera descubierto una gran tristeza el observador menos sagaz. Se inclinó y a los acordes de la música evocadora y tierna del tango dieron los primeros pasos. No podía pedirse más en cuanto a la ejecución, al ritmo, a la medida, al estilo. Algunos espectadores se levantaban para mejor apreciar el juego de los pies de los bailarines a cada tiempo. Algún caballero se fijaba especialmente en Inez: en su cintura de aviapa, en el contorno clásico de su pierna, en el incentivo de su cara. Lo que habría podido ser licencioso, resultaba casto, de tal

manera se notaba que en Harry el baile era severo, matemático, científico.

Parecía considerar a su pareja como una prodigiosa muñeca mecánica que obedecía a todos sus movimientos, más automáticos que sensuales y en quien se reflejaba su propio ritmo, cobrando gracia femenil. Ella, más artista que él, más del baile que del público, sonreía con sus ojos melancólicos, con su rostro todo a la fría mirada que él posaba en ella. Y bien se observaba que en aquel abrazo era la mujer quien ponía el alma toda.

Bebiéndole el aliento, le preguntó:

—¿Te vas de veras esta noche?

—Como vuelvas a preguntarme eso te dejo aquí plantada.

Al oír aquellas palabras, Inez se cegó y Harry hubiera podido leer en los ojos de su pareja el fatal designio, pero el halarín no hizo caso del efecto que su desdén acababa de producir en el ánimo de Inez y siguió llevándola de aquí para allá a los acordes de la cálida música del tango.

—¡Pues no te irás, malvado!

—Pues ¡trata de impedírmelo!

Inez, en aquel momento había de simular, de acuerdo con la regla del baile aquel, creado por Harry, que hundía su estilete en el costado

de su pareja, como si quisiera vengarse del mal trato del gauchó. Esta vez, sin darse cuenta exacta de lo que hacía, el arma se hundió realmente en el corazón de Harry. Al sentirse herido, el gigolo se llevó una mano a la herida y aun pudo decir a Inez mientras el público les tributaba un caluroso aplauso:

—Inclínate, Inez.

Para todos los presentes menos para Al Wonder había pasado inadvertido el percance. Sólo él se había dado cuenta de que Inez acababa de matar al gigolo. Y no queriendo que el público llegara a enterarse, se unió a la pareja y ayudó a Harry a salir de la pista para volver a presentarse a poco con la sonrisa en los labios ante su público, que ni siquiera sospechaba que a su vista se había cometido un homicidio. Antes de volver, había tenido tiempo de oír a Inez murmurar al oído de Harry:

—Harry, amor mío, yo no quise hacerte eso! ¡Perdóname!

—¿Verdad, señores, que yo les dije que a ella le gustaría el vapuleo? ¿Y no les dije a ustedes que les

gustaría la danza? ¿No querrán ahora bailar un poco?

Dichas estas palabras, Al volvióse a su despacho a donde había sido conducido Harry, ya perdido el conocimiento, en estado agónico. Allí estaba Inez a los pies del gigolo, murmurándole ternuras como si con ellas quisiera volverle a la vida. Pero Harry espiraba ya...

—¡Ay, señor Al, yo no quise hacerlo!

—¿Qué ha pasado?

—Le he clavado el cuchillo...

—Habrá sido un rasguño simplemente, muchacha. No te preocupes. Anda, vamos a dejarlo que repose y no te preocupes, que nada grave ha sucedido. Anda, Inez, vamos.

Difícil tarea fué para el bueno de Wonder arrancar a Inez de allí, del cuerpo del gigolo, al que besaba con ardor mientras murmuraba:

—Harry, no me dejes, no me dejes, que no podría tu Inez vivir sin ti... ¿Por qué no me miras, Harry? Anda, mirame y sonríeme un momento nada más...



Pudo al fin lograr que se la llevaran de allí. Por la puerta que quedó abierta, entraron en la estancia las bailarinas en grupo compacto. Todas querían hablar a un tiempo. Cada una de ellas quería ser la primera en enterarse de lo ocurrido, pues habían visto como Harry había sido conducido por dos empleados al despacho del propietario. Pero Al las atajó:

—No ha ocurrido nada, muchachas. Pero, por favor, no se me agrupen aquí. Vayan a prepararse para el número final. ¡Váyanse, váyanse! ¡Váyanse de aquí!

Las muchachas se fueron de allí una tras la otra y cuando no quedaba ninguna se presentó el guardián del patio de coches:

—Oigame, Sr. Wonder, el Capitán Von Ferring...

—¡Hazme el favor de no molestarme! Bastantes preocupaciones tengo yo ahora para que me vengas con las historias del Capitán...

—Sr. Al — vino a decirle Richard — su número se aproxima. Es cuestión de minutos...

—Bueno, Richard, entreténles unos minutos, sólo unos minutos...

—Mire, señor, el Capitán me ha puesto en la mano, sin que yo quisiera aceptarlo, nada menos que un billete de mil francos. Me dijo que era todo lo que tenía. Bueno sería que fuera usted a hablar con él. Dijo que iba a despenarse en un barranco con el coche...

—Lo que le pasa es que está borracho. Siempre dice lo mismo cuando ha bebido más de la cuenta.

—Ya lo sé. Pero esta noche el

Capitán está sobrio, sobrio como nunca le he visto. Es por eso que temo...

—Pues vas a hacer una cosa, Pete. Mr lo agarras si se resiste y esperas a que yo vaya. No dejes que te se escape. ¿Me entiendes, Pete?

—Está bien, Sr. Wonder.

Sin decir más, el criado se fué a cumplir con la orden que acababa de recibir y Al se enfrentó con Richard.

—Ven aquí — le dijo cogiéndole por una manga del frac y llevándolo al rincón de la habitación donde semi-tendido en una butaca se hallaba el cuerpo de Harry.

—¿Qué le ha pasado? — preguntó Richard, no acabando de comprender el por qué se hallaba allí, postrado de aquella forma, el apuesto gigolo.

—Nada. Todo esto es debido a que tú te pusiste a decirme delante de Inez que se iba con la Sra. de Renaud, e Inez perdió la cabeza y lo ha matado en el baile. ¿Te parece poco?

—¿Dices que lo mató?

—Sí; por lo visto ella perdió la cabeza y como tenía el cuchillo que lleva en la liga para el tango, al sacarlo para simular la venganza, tomó su papel en serio... y lo mató.

—Voy a buscar a un médico. Tal vez estemos a tiempo.

—No, Richard, es demasiado tarde.

—¿Estás seguro de que ha muerto?

—Lo mejor que podemos hacer es tratar de sacar de aquí el cadáver antes de que Inez venga y a sus gritos acuda la policía. Ella no se ha dado aún cuenta de lo que ha hecho. Lo cree herido solamente. ¿Querrás ayudarme?

—A mí no tienes que preguntármelo, Harry — le contestó Richard a su principal tuteándolo por primera vez.

—Tenemos que andar de prisa. Le sacaremos por la puerta del patio de los coches y si al pasar alguien nos ve decimos que está borracho. ¿me comprendes, Richard?

—Pero no podemos dejarle allí, en el patio de coches.

—Ocupate de agarrarlo de manera que se mantenga en pie y yo me ocuparé del resto.

Entre los dos enderezaron el cuerpo de Harry y arrastrándolo en medio de los dos como si se tratase de un hombre a quien el alcohol hubiera quitado el sentido, fueron lentamente encaminándose hacia la puerta que conducía al patio de coches.

Al traspasar el umbral de la puerta notaron Al Wonder y Richard la presencia del gendarme y

se apresuraron a desempeñar con más fidelidad su papel. Al volvió la mirada hacia el rostro caído de Harry, caído pesadamente sobre el pecho y, como si aquél pudiera oírle, dijo:

—No será nada, Harry. No te preocupes por eso, muchacho, que todo irá bien. Un poco de dolor de cabeza al levantarte mañana, pero un vaso de bromuro con sifón te despejará... ¡Agárrate fuerte!

—¿Qué le ha ocurrido al bailarín, señor Al? — preguntó el gen-darme.

—Nada; que estos artistas son gente débil y en cuanto toman unas copitas ya están mareados... Menos mal que tiene amigos...

—Está bien, señor. Si usted me lo permite, yo voy a beber una, pero que no sea del mismo barril que ha mareado al bailarín...

—Ahí está el coche de Von Ferring, Al...

—¿Es verdad, Capitán, que comprando dólares al cambio actual?... decía Pete a Von Ferring, tratando de entretenerle hasta que viniese Al.

—¡Haz el favor de quitarme la mano de encima, Pete! Ahora no puedo entretenerme oyendo tus miseria. Tengo prisa.

Mientras el criado y el Capitán sostenían este diálogo, habían te-

nido Richard y Al Wonder tiempo de introducir el cuerpo de Harry en el coche de aquél. Terminado que hubieron de hacerlo se aproximaron y Al, con voz de mando, dijo a Pete:

—¿Qué haces que no atiendes al Capitán? Ve a buscar su coche.

Pete hizo lo que se le ordenaba, y ya en el volante, el Capitán hizo a los tres un saludo con la mano y les dijo ya en marcha el vehículo:

—Adiós, amigos. No os olvidéis de leer los periódicos de mañana.

Poco después el coche del Capitán Von Ferring desaparecía llevando en su interior el cuerpo de Harry.

—¡De lo que es capaz un hombre por una mujer! — exclamó Al Wonder volviéndose a Pete.

—Eso es lo que yo le digo constantemente a mi mujer, señor...

Liane había vuelto a su mesa y esperaba tranquilamente a su esposo. Este terminó su conversación con sus amigos y tan pronto como le fué posible les manifestó:

—Señores, creo que he descuidado a mi señora demasiado tiempo. Les veré a ustedes mañana por la mañana.

—Perfectamente, Renaud. Hasta mañana.

—Hasta mañana.



—Hasta estando aquí tengo que abandonarte, querida — se lamentó el banquero cuando se hubo sentado a su mesa frente a Liane—. Por fin he podido deshacerme de esa gente.

—Mira lo que he encontrado, querido. Seguramente lo eché en el bolsillo de mi capa y allí ha permanecido todo este tiempo sin que yo pudiera imaginármelo. ¡Ya me parecía a mí que no lo había perdido!

—Pues es verdad... es tu collar, Liane. ¡No sabes lo que me alegro! Así volveré a tenerte contenta.

—¿Verdad que no me vas a regañar ahora?

—Tontina... Pero debería hacerlo por descuidada ¿verdad, amor mío?

Después de haber con Richard

introducido el cuerpo de Harry en el coche del Capitán Von Ferring, cuyo fin trágico no ignoraba, Al Wonder volvió a Inez con ánimo de consolarla... En efecto, la pobre, sin acabar de darse cuenta aún de lo que había hecho, de que con sus propias manos había dado fin a la vida de su amante, se hallaba abatidísima, agobiada por el más profundo dolor. Apenas si notó la presencia de Al que entró en la estancia como si lo hiciera en la de un enfermo, sigilosamente, como si temiera hacerla daño con el ruido de sus pasos. Aproximándose, la acarició el cabello; ella, sin levantar la cabeza, exclamó:

—¡Le he matado! ¡He matado a Harry!

—¡Oh! no, preciosa: tú no has hecho semejante cosa... El Capitán

Von Ferring se lo acaba de llevar...

—Usted me miente, Al. ¿Por qué lo hace?

—¿Yo mentirte a ti, Inez? ¿Y por qué habría de mentirte, nena? Estás demasiado excitada. ¿Por qué no te vas a descansar?

Richard entró precipitadamente a anunciar a Wonder que debía ya hallarse ante el público para ejecutar su propio número.

Al Wonder hizo un gesto de conformidad y contestó:

—Allá voy, Richard.

Y cuando Richard se hubo retirado, volviéndose desde la puerta le dijo Al a la muchacha:

—Tan pronto como mi número haya terminado iremos los dos, sólo los dos, a cenar al Restaurante Zelli. ¿Qué te parece, Inez?

—Como usted quiera, Al.

Aquellas palabras, dichas por Inez sin exacta conciencia de ellas ni de sí misma, fueron una caricia para el pobre enamorado, que salió de allí tarareando una canción.

Tommy, al notar su presencia, le anunció:

—Señoras y caballeros, tengo el alto honor de presentarles a Monsieur Al, quien hará uno de sus números característicos que tanta fama le han dado en el mundo entero.

Dichas estas palabras hubo un cambio de luces y apareció ante la mirada atónita de los espectadores un maravilloso cuadro: La choza de uno de los campesinos negros del Sur. A su puerta se hallaba sentado un niño de la raza de color y, no lejos de él, el propio Al Wonder, caracterizado de negro, poniéndole el ronzal a su vieja mula.

—Señor Al, ¿por qué no compra usted un buen caballo y deja esa vieja mula?

—¿Que yo deje por un caballo a querida mula? No, amiguito, ¡yo nunca me desprenderé de ella!

—¿Por qué?

—Te lo voy a contar...

Volviéron a cambiarse las tonalidades de la luz y mientras oíase la voz de Al Wonder, acompañada por los instrumentos musicales, fué cambiando la escena representando, como por obra de magia, el camino del cielo al que ascendía el propio Al montado en su mula.

Desde que yo era pequeño he montado una mula vieja, y no pienso viajar de otra manera, porque soy muy supersticioso. Y cuando el Señor disponga que no vuelva yo a cantar más, iré montado en la mula hasta las puertas del cielo. Cuando esté en el último suspiro, y comparezca ante el Señor, iré al cielo en una mula, una vieja mula de Missouri.

—¿Qué se te ocurre, viejo verde?

—No sé si como esposo tendría el derecho de darle unos polvos a mi mujer para que se quede dormida hasta pasado mañana por la noche... ¿Qué te parece?

—No estaría mal...

Entretanto, la Sra. Simpson le decía a su amiga:

—Oye, tñ. ¿No será pecado burlarnos de nuestros esposos de ese modo?

—¡Qué ha de ser, mujer! Además, acuérdate de que se trata de hacerlo sólo una vez y de que estamos en la ciudad de París, la ciudad que todo lo sabe y todo lo perdona...

—¡Ay, chica! ¿Estás bien segura?

—¡Segurísima! Además, mira quién está ahí. ¡Qué muchacho más elegante! Acuérdate de que nos ha prometido llevarnos a ver el harri de los apaches. ¡Con lo intrigante y emocionante que deben ser esas gentes!

Como había dicho la Pratt, acababa de llegar el joven elegante, quien no queriéndolas comprometer pasó por su lado sin decirles

nada, pero con la sonrisa en los labios.

La Simpson no pudo contenerse y le dijo:

—Nos veremos en cuanto nuestros esposos se hayan dormido.

En aquel momento se presentaron los dos americanos, el Sr. Simpson y el Sr. Pratt bostezando.

El Sr. Simpson preguntó a las dos señoras:

—¿Ya estáis listas, queridas?

—Ya.

—Nosotros también. Yo estoy rendido y con ganas de acostarme ya.

—Yo estoy que no puedo tenerme en pie. ¡Es tardísimo!

—En verdad, ya debe ser muy tarde. Es hora de acostarse y de dormir.

—¡En mi vida me he encontrado tan cansado! —añadió el Sr. Simpson.

—También estoy yo rendida. Pero más rendida me encontraré mañana... Por lo menos así lo espero—le contestó su esposa.

Y los dos matrimonios tomaron el camino del hotel y no durmieron ni ellos ni ellas esperando que el sueño rindiera a su respectiva pareja.

* * *

Inez se había quedado en su camerino esperando que volviera Al Wonder para acompañarla, como le había dicho, a cierto restaurante en cuanto acabara su número, pero antes de que aquél volviera, entró Tommy, encontrándola aún entregada a su dolor.

—No llores más, Inez, por favor...

—No sé lo que me pasó en aquel momento. Tiempo hacía que vivía en el convencimiento de que Harry no me quería, de que yo sólo había sido para él un mero pasatiempo del que pronto se había cansado, hastiado. Ese hombre, para mí, sin embargo, lo fué todo en mi corazón inexperto y en mi alma sentimental pronta a corresponder el menor halago. ¡Qué tonta fui! No

debí hacerle caso... Pero, ¿qué quieres? Se me hacía insostenible la idea de que se iba, dejándome como se deja un objeto. Me cegué... y fui víctima de mi temperamento vehemente...

—Anda, Inez, no pienses más en ello...

—¡Qué bueno has sido siempre para mí... Tommy...! Y pensar que te dejé, que dejé tu sincero cariño por haberme atraído las palabras de aquel hombre...

—Anda, no pienses más en Harry. Olvida y empieza a vivir tu vida. Todo ello no ha sido más que una pesadilla, Inez, una pesadilla de la que acabas de despertar. Desde este mismo instante no te separarás ya de mí... ¿verdad? — Y mientras así decía la levantó en sus

brazos y la estrechó contra su pecho, como lo hubiera hecho con una niña, con una hermana...

—¡Hola, Tommy!... — fué el saludo amistoso que Al le hizo al entrar en aquel momento, sin haberse aún desprendido del barniz negro que le desfiguraba el rostro.

—¡Hola, Al!...

—Inez, tengo el coche en la puerta y en cuanto me haya limpiado la cara y cambiado la ropa vendré a buscarte para llevarte a dar un paseito, un paseito por el parque, que bien lo necesitas.

—Sí, Al, pero...

—¿Qué ocurre, Tommy?

—No sé cómo decirte, Al... Verás; resulta que he compuesto una canciones para Inez y quería que ella las oyera para ver si le gustaban. Naturalmente... quería acompañarla a su casa.

—¿Te incomodarás, Al? — le preguntó a Al Wonder la linda Inez con su tono más mimoso.

—De ninguna manera, muchachos, los dos necesitáis estar solos y divertirlos. ¡Cómo ha de molestarte a mí!

—¿Por qué no vienes con nosotros...? — preguntó Tommy.

—No; los dos debéis estar solos. Un tercero sería un intruso...

Y con su aire más amable les ten-

dió la mano sin que en ella se notara el menor temblor...

—¡Adiós! ¡Divertíos mucho!

—Adiós, Al...

Y Al Wonder, con la sonrisa en los labios y el corazón hecho pedazos, les abandonó a su juventud y a su pasión.

Unos instantes después, ya listo para salir de su despacho, sonó el timbre del teléfono.

Descolgó el auricular.

—¿Quién llama? ¿Cómo dice usted, la Jefatura de Policía?

—Sí; la Jefatura de Policía — fué la respuesta a través del alambre—. Sentimos tener que participar, Sr. Wonder, que nos ha sido comunicado que el coche que conducía el Capitán Von Ferring, en el que iba su bailarín, un tal Harry, se ha despeñado, y los dos han perecido en el accidente.

—Bien, sargento, gracias.

Al colgar el auricular del teléfono, Al Wonder dió un profundo suspiro. Se caló el sombrero de copa, buscó en su cigarrera de plata un cigarrillo y lo llevó a los labios. No tenía cerillas... Salió, y con el afecto de siempre, dió los buenos días a la mujer que todas las mañanas venía a hacer la limpieza. En la puerta halló a Pete, quien al verle se quitó la gorra galonesada.

—Dame una cerilla, Pete.

—Con mucho gusto, Sr. Al...

Cuando hubo encendido su cigarrillo, con gesto displicente, Al Wonder extrajo de su cartera unos billetes y los puso en la mano del asombrado portero.

—Toma, estamos en paz... Adiós, Pete. Hasta la noche.

—Adiós, señor...

Y aquel hombre que tan bien divertía a sus clientes con su famoso buen humor, entró en su casa y allí, sin testigos, lloró como los hombres lloran alguna vez.

FIN

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,

Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbara, 16 - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

La feria de la vida.	Barrío Chino.	Alma de bellarina.	El albor de la moda.
Una mortaja y una tibia.	Yo tú y ella.	Yo he sido esclava.	La virgen de la roca.
Cumplo en mi necedad.	Da ladrón en la alcoba.	No sece calina.	La herencia.
El salicario.	El cantar de los cantares.	Desfilé de camellojas.	Madame Du Barry.
El amor y la muerte.	La fama eterna.	Avés sin rumbo.	Sucedió una noche.
Una vida romántica.	Un hombre de curules.	Sombras en el.	Nombres en blanco.
Espectro y la zarza.	Dierra de ronda.	Pescado en la calle.	Puerta humana.
Susada tiene un secreto.	El rey de los fantasmas.	Una noche en El Cairo.	Vive la vida!
20.000 años en Sink Sink.	La Cruz y la Zanada.	Rosa de mediodía.	El negro que tenía el alma
Hicieron en Budapest.	El canto del ruiseñor.	El rey de la plaza.	blanca.
¿Milagro?	Adiós a los amigos.	Nobre el cielo.	Carolina.
Vivamos hoy.	La luna llena.	Los sorpresos del coche.	Cosita china.
¡Jefe!	¡Tú eres mi!	cdma.	Sola con su amor.
Los crímenes del museo.	Carolina de Rusia.	Sei este diabo.	El mundo cambia.
El secreto del mar.	Comestible al amanecer.	Madre de bandoleros.	Canción de tuna.
Mis labios enredan.	Amor.	La portera de la fábrica.	Paz en la tierra.
No dejes la puerta abierta.	Guerra a la venta.	Grandes del amor.	La dama del boulevard.
Dos mujeres.	Alas.	Funny.	La hermana San Sulpicio.
La esclavitud prohibida.	La heroína blanca.	Siempre en el corazón.	El sueño de la muerte.
El primer derecho de su.	La Reina Cristina de Sue-	Terzo y su compadre.	La dolorosa.
bia.	cia.	El gato y el violín.	Las fronteras del amor.
Canción de Oriente.	En un solo día.	Sor Angélica.	
La amargura del general.	Se ha fugado un preso.	Judas.	
Yo.	El error de los sudras.	Casanova.	
Poliche.	La ciudad de cartón.	El primer amor.	
La vida vivida de End-	El cuerpo de infante.	Eskimo.	
que VIII.	Dona Francisquita.	Un capitán de cosacos.	
En Diavolo.	Está de la marina.		
El padrino ideal.	En casa en el cielo.		
El tío errante.	El borrador y la dama.		
El hijo de la parroquia.	El rey de la tierra.		
Letty Louisa.	Marcos y I Don Juan.		

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Próximo número: ¡Acontecimiento!

LA INMORTAL NOVELA

La dama de las camelias

Genial creación de
Ivonne Printemps

y

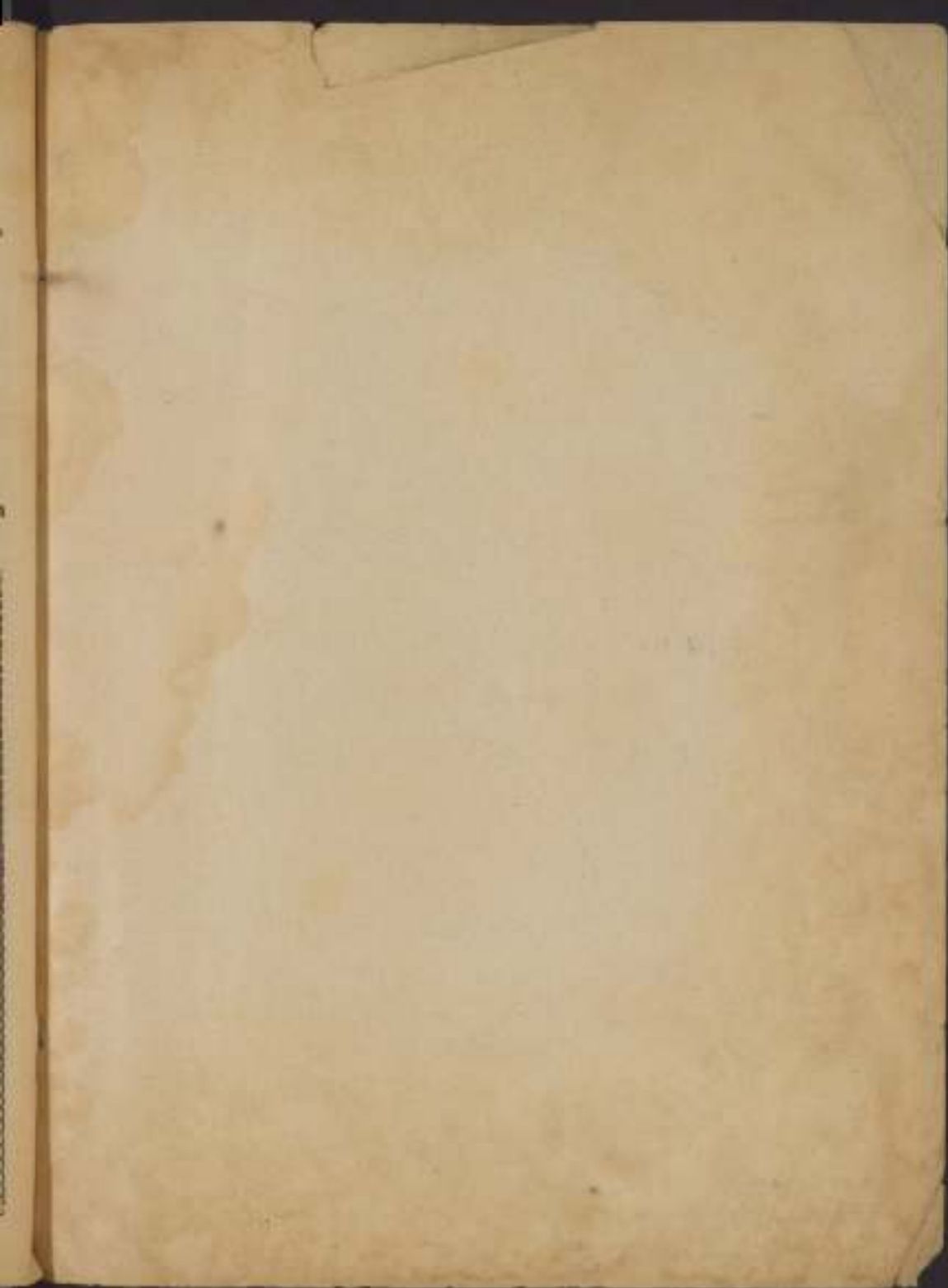
Pierre Fresnay

¡EL ÉXITO DE LOS ÉXITOS EN TODAS PARTES!

Bellísimas escenas. Interesante prólogo. Precio: 1 peseta.

EDICIONES BISTAGNE

publica siempre lo mejor



E. B.

Precio: Una peseta